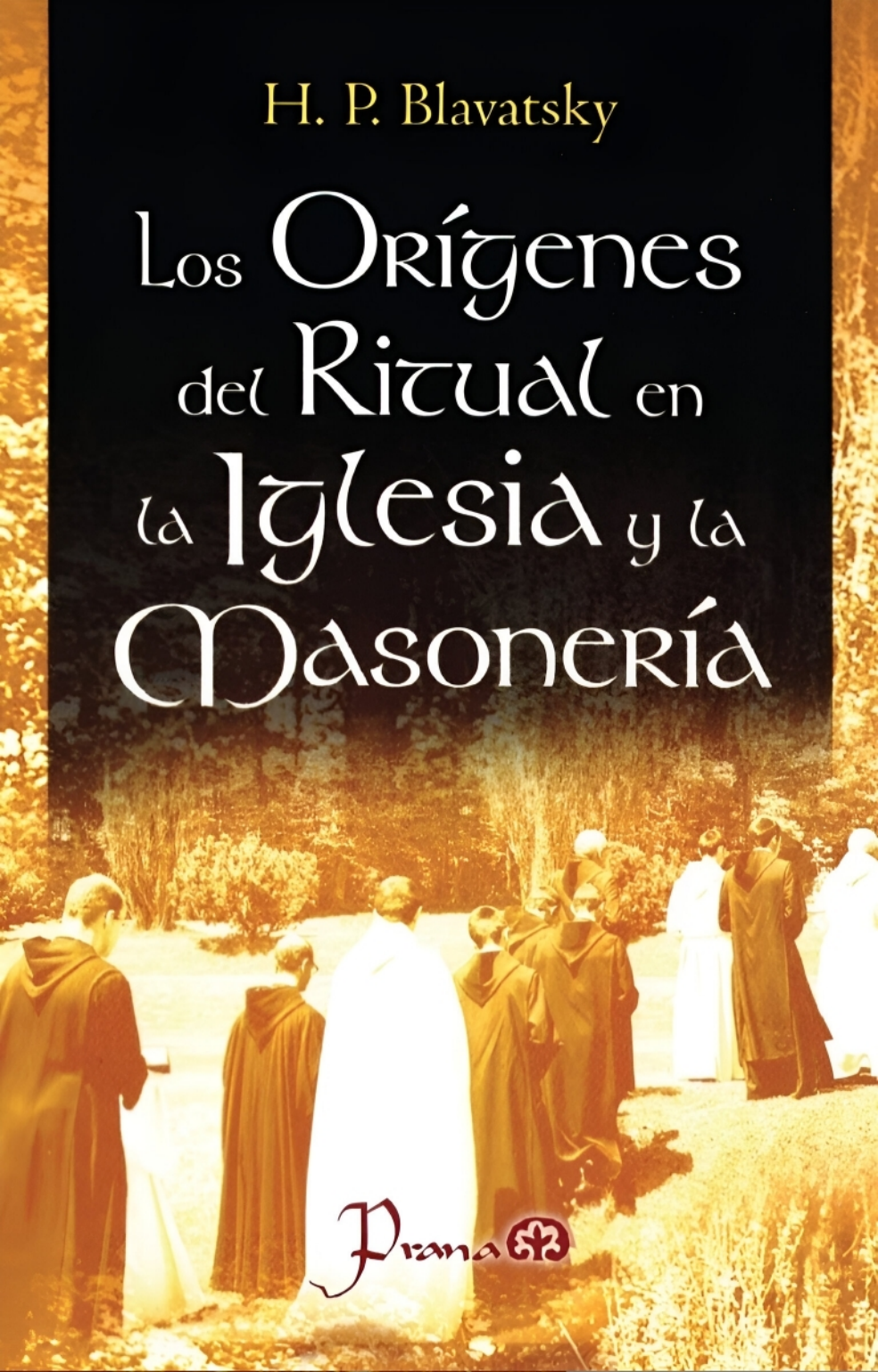
H. P. Blavatsky

Los Orígenes del Ritual en la Iglesia y la Masonería



Prana

Títulos que recomendamos:

Las variedades de la experiencia religiosa
Tomo I
William James

Los evangelios gnósticos

El libro de los cinco anillos
Miyamoto Musashi

Yo soy la puerta
Osho

Narraciones ocultistas y cuentos macabros
H.P. Blavatsky

Las enseñanzas de Saint Germain
Doce maestros

Mi legado
Madre Teresa de Calcuta

LOS ORÍGENES DEL RITUAL EN LA IGLESIA Y LA MASONERÍA

H. P. Blavatsky

❖

LOS ORÍGENES DEL RITUAL EN LA IGLESIA Y LA MASONERÍA

Prana

Los orígenes del ritual
en la Iglesia y la Masonería
H. P. Blavatsky

D.R. © 2006 Editorial Lectorum, S.A. de C.V.,
Centeno 79-A, Col. Granjas Esmeralda
C.P. 09810, México, D.F.
Tel.: 55 81 32 02
www.lectorum.com.mx
ventas@lectorum.com.mx

L.D. Books
8313 NW 68 Street
Miami, Florida, 33166
Tel. (305) 406 22 92 / 93
ldbooks@bellsouth.net

Primera edición: mayo de 2006
ISBN: 970-732-159-8

D.R. Traducción: Catherine Seleeg

Traducción y características tipográficas aseguradas
conforme a la ley. Prohibida la reproducción parcial
o total sin autorización escrita del editor.

Impreso y encuadernado en México
Printed and bound in Mexico

Capítulo I
NI INFIELES NI ATEOS

Frecuente e injustamente, los teósofos han sido acusados de infieles e inclusive de ser ateos, lo cual es un grave error. En particular, en lo que se refiere a esta última acusación, es injusta porque poco lugar le queda al ateísmo en un mundo conformado por miembros pertenecientes a tantas razas y nacionalidades diferentes, a distintas organizaciones sociales en que se deja a cada miembro en completa libertad de creer en lo que prefiera y de comulgar o no con la religión en la que ha nacido y ha sido educado.

En lo que respecta a la acusación de "infiel", no es más que un desacierto y una alucinación cuyo absurdo se puede rebatir fácilmente, exigiendo a quienes infaman que muestren a una persona del mundo civilizado que no sea considerada como "infiel" por personas pertenecientes a una comunidad de creyentes diferente a la suya. Esta situación la podemos encontrar tanto en círculos muy respetables y ortodoxos, como en sociedades que se califican a sí mismas de "heterodoxas". Las acusaciones son recíprocas, ya sea que se expresen implícita o explícitamente. Es como una especie de juego de tenis, en el que cada cual devuelve la pelota con elegancia y decisión.

La realidad es que no puede tildarse de "infiel" ni al teósofo ni al que no lo es. Sin embargo, habrá que reco-

nocer que no hay un solo ser humano al que no pueda calificarse de "infiel" por un sectario. En cuanto a la acusación hecha al teósofo de ser ateo, es un asunto que habría de tocarse por separado.

Para comenzar, preguntémonos qué es el ateísmo. ¿Consiste en no creer en la existencia de un dios, de un conjunto de dioses y en negarlos? O tal vez signifique negarse a aceptar una deidad personal, según la definición muy polémica de R. Hall, que lo define como un "sistema feroz que no deja nada *por encima de nosotros* (sic) que nos infunda terror, y nada a nuestro alrededor que pueda despertarnos sentimientos de ternura"(¡!). Si aceptáramos esta última definición, no podría aplicarse a grandes congregaciones en India o Birmania, que creen en dioses o seres divinos por quienes sienten, en ocasiones, verdadero terror. Algo muy similar les ocurre a muchos teósofos occidentales, que no dudarían en reconocer que creen profundamente en espíritus de este mundo o del universo, fantasmas del espacio o ángeles. Muchos de los nuestros aceptan la existencia de inteligencias superiores e inferiores y de seres sublimes como su dios "personal".

Y esto no significa haber hallado el hilo negro, pues muchos de nosotros creemos en la conservación del ego espiritual, en los espíritus planetarios y en los *nirmânakâyas*, sí, esos grandes adeptos que existieron en tiempos remotos que, renunciando a su derecho al nirvana, habitan en las esferas en las que vivimos mas no como "espíritus", sino como seres espirituales pero enteramente humanos. Siguen siendo lo que fueron, excepto en lo que respecta a su envoltura corporal y visible, la cual han

abandonado para prestar ayuda a la pobre humanidad, darle todo el auxilio que puedan prestarle sin chocar con la ley kármica. En esto consiste "La Gran Renunciación", un incesante y constante sacrificio a través de eones y de edades, hasta que llegue el día en que la ciega humanidad abra los ojos y *todos*, y no sólo un reducido número de hombres, reconozcan la Verdad universal. Si estos seres quisieran que el fuego que anima nuestros corazones, cuando pensamos en el más sublime de los sacrificios, se abrasara en adoración y se ofreciera en un ara levantada en su honor, podrían ser considerados como Dios o como dioses; pero no anhelan semejante cosa, porque el templo devocional que se erige en lo recóndito del corazón, lejos de toda ostentación profana, es el más hermoso.

Veamos ahora quiénes son los demás seres invisibles, algunos de los cuales se encuentran más elevados que otros en la escala evolutiva. Poco o nada podríamos decir acerca de estos últimos y, en cuanto a los primeros, nada nos pueden decir a nosotros porque para ellos no existimos. Lo homogéneo no puede tener conocimiento de lo heterogéneo y, por lo tanto, no podemos abrigar la esperanza de reconocer su naturaleza real, a no ser que aprendamos a evadirnos de nuestra envoltura mortal y a comunicarnos "de espíritu a espíritu".

El verdadero teósofo sustenta la idea de que el Yo divino superior existente en el hombre mortal es de la misma esencia que la de los dioses. El Ego encarnado, dotado de libre albedrío que, por lo tanto, tiene mayor responsabilidad, es superior si no es que más divino que cualquier Inteligencia Espiritual que no haya reencarnado todavía. Lo anterior es fácil de comprender, desde el

punto de vista filosófico, para los metafísicos de la Escuela Oriental. El Ego encarnado ha de luchar contra dificultades inexistentes para la Esencia divina pura, la cual, por el hecho de serlo, no está asociada con la materia. Esta esencia carece de mérito personal, mientras que el Ego encarnado se encuentra en camino de llegar a su perfección final, pasando por las pruebas de la existencia, el dolor y el sufrimiento.

No es posible que la penumbra del Karma caiga sobre lo que es divino, simple y tan diferente de los mortales como para que no pueda tener relación alguna con nosotros.

Y en cuanto a las divinidades del Panteón esotérico hindú, consideradas como finitas y que, por consiguiente, se hallan sujetas al Karma, jamás un filósofo, en toda la extensión de la palabra, estaría dispuesto a adorarlas, ya que no son otra cosa que signos y símbolos.

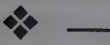
Se nos quiere tachar de ateos porque, creyendo en las Falanges Espirituales —esos seres adorados en colectividad como si se tratase de un Dios personal—, nos negamos en absoluto a creer que representen al Uno desconocido, o porque afirmamos que el Principio eterno, el Todo en todo del Poder Absoluto, de la Totalidad, no puede expresarse con palabras limitadas, ni tener por símbolo ningún atributo condicionado y calificador.

Además, es menester protestar contra la acusación de idolatría que han lanzado contra nosotros los católico-romanos, cuya religión es más pagana todavía que cualesquiera de las que profesan los adoradores de los elementos y del sistema solar.

Nadie menos calificado que los católicos para señalar

o acusar, puesto que su anticuado y estrecho credo lo han copiado de creencias más antiguas que la suya, y sus dogmas y ritos son idénticos a los de todas las naciones idólatras, si es que existen naciones de esta clase.

Capítulo II
EL SÍMBOLO DE LA VIRGEN MARÍA



Desde el Polo Norte hasta el Polo Sur, desde los helados mares de los países nórdicos hasta las tórridas llanuras de India meridional y del corazón de América, desde Grecia hasta Caldea, el Fuego Solar ha sido venerado como símbolo del Poder Divino, creador del Amor y de la Vida. La unión del Sol (el elemento masculino) con la tierra y el agua (la materia-elemento femenino) se ha festejado en los templos esparcidos por el Universo entero. Nueve meses antes de la llegada del solsticio de invierno, los paganos celebraban una fiesta conmemorativa de esta unión, en la que, según la tradición, Isis había concebido. Pues bien, los cristianos hacen lo mismo, pues celebran también el especial y santo día de la Anunciación, esto es, el día en que la "Virgen María" recibió el favor de (su) Dios y concibió al "Hijo del Altísimo". Cabe en este punto preguntar: ¿De dónde proceden la adoración del fuego, de las luces y de las lámparas que se colocan en las iglesias? ¿Por qué razón se hace esto? Porque Vulcano, el dios del fuego, se unió con Venus, la diosa del mar. Por esta misma razón, los magos y las vírgenes-vestales cuidaban del Fuego sagrado. El Sol era el "Padre" de la Naturaleza, o sea, de la eterna Virgen-Madre. La relación

de aquél con ésta se da también en la dualidad Osiris-Isis y en la de Espíritu–Materia, la cual fue adorada bajo tres estados por los paganos y los cristianos. He aquí de donde proceden esas vírgenes vestidas con un traje azul salpicado de estrellas, que se posan en una luna en creciente, símbolo de la naturaleza femenina (con sus tres elementos: aire, agua y fuego), fecundada anualmente por el Fuego o Sol masculino con sus radiantes rayos (las llamadas "lenguas de fuego" del Espíritu Santo).

El "Kalevala", que es el poema más antiguo de Finlandia y cuya antigüedad precristiana es indiscutible para los estudiosos, habla de los dioses finlandeses del aire y del agua, del fuego y de los bosques, del cielo y de la tierra. El lector podrá encontrar en *Rume* L (Vol. II) —traducida magistralmente al inglés por J. M. Crawford—, la leyenda completa de la Virgen María, "de Mariatta, hermosa joven, Virgen-Madre de las tierras nórdicas" (pág.729).

Asimismo, Ukko, el gran Espíritu que moraba en Yumala (el Cielo o Paraíso), eligió a la Virgen Mariatta para que le sirviera de vehículo y encarnara por su medio en forma de Hombre-Dios. Ella quedó encinta al comer una baya roja (marja). Mariatta, repudiada por sus padres, dio a luz a un Hijo *inmortal* en el *pesebre de un establo*, pero el "Santo Niño" desapareció de inmediato y Mariatta se lanzó en su búsqueda. Le preguntó a una estrella —"la estrella guía de los países nórdicos"— dónde se ocultaba el "Santo Niño", pero ésta le espetó: "Aunque lo supiera, no te lo diría, porque tu hijo fue quien me creó en el frío para que brillase eternamente..." Y la estrella no le dijo nada a la Virgen. La Luna tampoco consintió en ayu-

darle, argumentando que el hijo de Mariatta la había creado dejándola en el extenso cielo le dijo: "Aquí me dejó para que durante la noche vagase en completa soledad por las tinieblas y luciera para bien ajeno..."

Sólo el "Argentado Sol" se compadeció de la Virgen-Madre y le dijo: "Allá, lejos, está el Niño adorado. Allí reposa tu santo Hijo, durmiendo oculto con agua hasta la cintura, entre cañas y juncos..."

Y Mariatta se llevó al Santo Niño a su casa. Así, mientras que ella le llama "Flor", otros le dicen "Hijo del Dolor".

Habría que preguntarse, entonces, si no nos encontramos acaso ante una leyenda post cristiana. De ningún modo, pues como anotamos líneas arriba, estamos ante una mito de *origen esencialmente pagano* el cual se cree es anterior al cristianismo. De lo anterior se desprende que, basados sobre evidencias literarias, pierden su sentido las acusaciones que nos califican de ateos e idólatras, que además se repiten sin cesar.

Y a propósito de tales calificativos, el término "idolatría" es de origen cristiano, pues se sabe que éste fue aplicado por los nazarenos remotos, durante los dos primeros siglos de nuestra era y en la primera mitad del tercero, a las naciones cuyos habitantes acudían a iglesias, templos y veneraban estatuas e imágenes, porque los primeros cristianos no tenían ni templos, ni estatuas ni adoraban imágenes, prácticas que aborrecían en extremo.

En suma, el término "idólatras" podría aplicarse con más propiedad a nuestros acusadores y no a nosotros, tal y como lo demostraremos en esta obra. El católico que

coloca madonas en cada esquina y fabrica estatuas de Cristo, de ángeles e incluso de santos y papas, no puede, por lo tanto, acusar de idólatras a hindúes o budistas.

En el siguiente capítulo explicaremos sobre qué nos basamos para hacer tales afimaciones.

Capítulo III

ORIGEN DE LA PALABRA

DIOS

Vamos a referirnos en esta parte al origen de la palabra "Dios", que en inglés se escribe *God*.

Veamos en primer lugar cuál es el significado real y original de este término tan especial. Etimológicamente, los significados son numerosos y variados. Según uno de ellos, deriva de la muy antigua y mística palabra persa *Goda*, que quiere decir: "El mismo", o algo que emana por sí mismo del principio absoluto. La raíz de esta palabra es *Godan*, de donde se derivan *Wotan*, *Woden* y *Odín*, de tal forma que el radical oriental no ha sido prácticamente alterado por los germanos, que formaron con ella la voz *Gotz*, de la cual se desprenden el adjetivo *Gut* (y "Good", "bueno", en inglés) y el término *Goda* o ídolo. Asimismo, las palabras *Zeus* y *Teso*, acuñadas en la antigua Grecia, dieron origen a la palabra latina *Deus*. Por otra parte, *Goda*, la emanación, no es ni puede ser idéntica a aquello de lo que emana y, por consiguiente, es tan sólo su manifestación periódica y finita.

Cuando el antiguo Arato dijo: "Todos los caminos y mercados frecuentados por los hombres están llenos de

Zeus; llenos de Él están los mares y también los puertos", no limitaba la idea de Dios a un mero reflejo temporal suyo sobre nuestro plano terrestre, como lo es Zeus o su antecedente Dyao, sino que daba al término la extensión de un principio universal y omnipresente. Antes de que Dyao, el deslumbrante Dios (el cielo) hubiera atraído la atención del hombre, existía ya el védico Tat, "aquello" ("that" en inglés), el cual no tiene nombre alguno definido ni para el filósofo ni para el iniciado, porque la noche es absoluta, oculta bajo la radiante luz manifestada. Pero no se pudo evitar que el Sol, primera manifestación en el mundo de Maya e hijo de Dyao, fuese llamado por los ignorantes "El Padre", como lo fue también el mítico Júpiter, última y significativa reflexión de Zeus-Surya.

Así, Sol llegó a ser sinónimo de Dyao rápidamente y fue confundido con él. Para unos era "el Hijo", para otros "el Padre" que mora en el radiante cielo. Sin embargo, Dyao-Pitar, el Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre, tiene un origen finito, puesto que le fue concedida la Tierra como esposa. Durante la decadencia de la filosofía metafísica fue cuando comenzó a representarse a *Dyâvâ–prithivî*, "el Cielo y la Tierra", en forma de padres universales y cósmicos, no sólo de los hombres, sino también de los dioses. Este poético y abstracto concepto original de la causa ideal terminó por corromperse. Dyao, el Cielo, llegó a ser rápidamente Dyao el Paraíso, la morada del "Padre" y, finalmente, el mismo Padre. En seguida, el Sol fue transformado en símbolo del Padre y recibió el título de *Dína Kara*, "el que crea el día", y de *Bhâskara*, "el que crea la luz", siendo desde ese instante el Padre de su Hijo y viceversa.

Fue así como y a partir de entonces se estableció el

reino del ritualismo y del culto antropomórfico que terminó por envilecer al mundo entero, extendiendo su supremacía hasta nuestra época, llamada civilizada.

Una vez analizado el origen común de la palabra Dios, sólo resta establecer el contraste entre los dos dioses —el dios de los gentiles y el de los judíos— y deducir, por intuición, basándonos sobre su propia revelación y juzgándoles de acuerdo con su definición, cuál de ellos se encuentra más cerca del ideal más sublime.

Primero, citemos al coronel Ingersoll, quien ha establecido un paralelismo entre Jehová y Brahma. Jehová, oculto tras las nubes y tinieblas del monte Sinaí, dice a los judíos: "No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te postrarás delante de sus imágenes, ni las honrarás, porque yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, quien constató la maldad de los padres sobre sus hijos, hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen, a fin de que me teman."

Comparemos estas palabras con las que un hindú asienta en boca de Brahma: "Yo soy el mismo para todos los seres. Quienes sirven honradamente a los otros dioses me adoran involuntariamente. Yo soy el que participa en toda adoración; yo, la recompensa de todos los adoradores".

Analicemos ambos párrafos. El primero es un lugar oscuro en que se insinúan cosas que nacen del fango; el otro, es grande como el firmamento, cuya bóveda está sembrada de soles.

El primero es el Dios que atormentaba la imaginación de Italo Calvino, cuando añadía a su doctrina de la predestinación la del infierno tapizado de cráneos de niños *no bautizados*. Las creencias y los dogmas de nuestras iglesias son tan blasfemas, por las ideas que implican, como las

de los paganos que se hallan sumergidos en las tinieblas.

Ya pueden ir disfrazando y maquillando cuanto quieran al Dios de Abraham y de Isaac, que nunca serán capaces de refutar las palabras de Marción, quien niega que el Dios del odio pueda ser el mismo Dios que el "Padre de Jesús". Sea como sea, herejía o no, el "Padre que mora en los cielos" ha seguido siendo, a partir de esa época, un ser híbrido, una mezcolanza del *Jave* (Júpiter) de los paganos y el Dios "celoso" de Moisés, Dios, que, exotéricamente, es el Sol, cuya morada se encuentra en los cielos y, esotéricamente, es el Cielo.

¿Acaso no da Él nacimiento a la luz "que brilla en las tinieblas", al día, al brillante Dyao, al Hijo, y no es Él, acaso también, el Altísimo *Deus coelun*? Asimismo, ¿no es *Terra* la Tierra, la Virgen eternamente inmaculada que, engendrando sin descanso, fecundada por el ardiente abrazo de su "Señor" —los vivificantes rayos solares— se convierte en madre de todo cuanto vive y respira en la vasta superficie de la esfera terrestre? Esto explica el carácter sagrado que tiene en el ritual lo que ella produce, o sea, el pan y el vino. De ahí también la antigua messis, el gran sacrificio ofrendado a la diosa (a Ceres Eleusina, es decir, la Tierra) de las cosechas (de la mies), *messis* para los iniciados, *missa* para los profanos,[1] que ha llegado a ser en nuestros días la misa o liturgia cristiana. La antigua ofrenda de los frutos de la Tierra hecha al Sol, al *Deus Altissimus*, el símbolo del GADU de los Francmasones contemporáneos, llegó a ser la base más importante del ritual entre las ceremonias de la nueva religión. Las parejas místicas[2] Osiris e Isis (el Sol y la Tierra) de los egipcios; Bel y la cruciforme Astarté de los

babilonios; Odín o Thor y Freya, de los escandinavos; Belén y la *Virgo Paritura* de los celtas; Apolo y la *Magna Mater* de los griegos, las cuales tenían igual significado, pasaron como representación corporal a los cristianos y fueron transformadas por ellos en el Señor-Dios, o el Espíritu Santo, que desciende sobre la Virgen María.

El *Deus Sol* o *Solus*, o sea el Padre, llegó a confundirse con el Hijo: el "Padre" que brilla deslumbrador en la hora del mediodía, se transformaba al amanecer en "Hijo", en cuyo momento se decía "el que había nacido". Esta idea tiene su gran apoteosis anualmente el 25 de diciembre, durante el solsticio de invierno, cuando, según se decía, el Sol —acabado de nacer— era igual para los dioses solares de todas las naciones. *Natalis solis invicte.* Y el "precursor" del Sol resucitado crece y se fortalece hasta el equinoccio de primavera, que es cuando el Dios-Sol comienza su curso anual bajo el reinado de *Ram*, o del Carnero (Aries), la primera semana lunar del mes.

En toda la Grecia pagana se conmemoraba el día 1 de marzo, cuyas *neomenia* se consagraban a Diana. Por idéntica razón, las naciones paganas celebran su fiesta de Pascua el primer domingo siguiente a la luna llena del equinoccio de primavera. El cristianismo no sólo ha copiado las fiestas del paganismo, sino también el vestuario canónico, cosa que es imposible negar. Eusebio confiesa en su *Vida de Constantino* (diciendo tal vez la única verdad dicha en su vida): "Con el fin de hacer que el cristianismo fuera más atrayente para los gentiles, los sacerdotes (de Cristo) adoptaron las vestimentas externas y los ornamentos utilizados en el culto pagano", y podría haber añadido que habían hecho lo mismo con sus rituales y sus dogmas.

Capítulo IV
LAS VERDADES DE LA RELIGIÓN DE LA SABIDURÍA

A pesar de que no se pueda consultar el testimonio de la historia, es un hecho —pues una gran cantidad de hechos anotados por los escritores de la antigüedad lo confirma— que los rituales de la Iglesia y de la Francmasonería surgen de una misma fuente y se desarrollaron paralelamente. En sus orígenes, la Masonería fue un gnosticismo arcaico o un cristianismo primitivo. El ritual de la Iglesia era y sigue siendo, el de un simple y puro paganismo exotérico remodelado, ya que no podemos afirmar que haya sido reformado.

Leamos a Ragón, estudiemos y relacionemos los hechos accidentales y, no obstante, serán muchos los que se encuentren en los textos de los autores griegos y latinos, cuyos lectores, algunos, eran iniciados y la mayoría neófitos, instruidos y participantes en los Misterios. Hagamos una lectura también de las calumnias cuidadosamente escritas por los llamados Padres de la Iglesia contra los gnósticos y contra los Misterios y sus Iniciados y acabaremos por deducir que la verdad estriba en que los verdaderos fundadores de la religión moderna fueron unos cuantos filósofos por causa de por los acontecimientos políticos de la época, acosados y perseguidos por

los fanáticos obispos del cristianismo primitivo que todavía no tenía ritual, ni dogma ni iglesias.

Aquellos filósofos, mezclando —de forma por demás irreligiosa— las verdades de la religión-sabiduría con las ficciones exotéricas, tan gratas a los ojos de las masas ignorantes, establecieron los primeros fundamentos de los rituales de las iglesias y de las logias de la Francmasonería moderna. Este hecho ha sido demostrado por Ragón en su *Ante-Omniae* de la Liturgia moderna comparada con los antiguos Misterios, mostrando el ritual puesto en práctica por los primeros Francmasones.

La primera afirmación puede comprobarse si comparamos las prendas en uso en las iglesias, los vasos sagrados, las fiestas de las iglesias latinas, con las características de las naciones paganas. Pero las iglesias y la Francmasonería han disentido por completo desde el día en que dejaron de constituir una sola entidad. Y si alguien se asombra de que haya un profano que conozca esto, se le puede responder que el estudio de la antigua Francmasonería y de la Francmasonería moderna es obligado para todo ocultista oriental.

La Masonería, a pesar de sus innovaciones y características modernas (particularmente la introducción del espíritu bíblico), procura el bien en los planos físico y moral, por lo menos, como obraba apenas hace una década. Entonces, era una verdadera *ecclesía* en el sentido de unión fraternal y de ayuda mutua, era la única "religión" del mundo, si consideramos que esta palabra se deriva del verbo *religare* (unir), puesto que une a todos los hombres que pertenecen a ella como si fueran "hermanos", sin hacer distinción de razas ni de dogmas. No viene al caso

saber si podía haber hecho mucho más de lo que ha hecho con las portentosas riquezas que poseía. No se sabe que esta institución haya producido daño alguno y nadie, excepto la Iglesia romana, la acusó de haber hecho tal cosa. ¿Puede decirse lo mismo de la Iglesia? Que sean la historia profana y la eclesiástica quienes respondan a esta pregunta.

Por desgracia, la Iglesia ha dividido a la humanidad en sendos caínes y abeles, ha perseguido a miles de hombres en nombre de Dios, un Dios que, en realidad, parece ser el *Dios de los ejércitos*, el feroz Jehová Sabbaoth, y en lugar de proporcionar una fuerza impulsora a la civilización de la que, orgullosamente, se sientan honrados sus fieles, la ha retrasado durante toda la larga e insípida Edad Media.

Sólo bajo las continuas embestidas de la ciencia —una de cuyas consecuencias fue la rebelión de los hombres amantes de la libertad— fue que la Iglesia comenzó a perder terreno y no pudo evitar por más tiempo la entrada de la luz. ¿Es cierto, tal vez, que ella haya suavizado, como afirma, "el espíritu bárbaro del paganismo"? Digamos con todas nuestras fuerzas que no. ¿Acaso fueron los césares paganos, de tan refinada crueldad, con tanta sed de sangre, como los modernos potentados y sus ejércitos? ¿En qué época se encontrarían más de miles y miles de proletarios hambrientos que en la nuestra? ¿Cuándo ha derramado más lágrimas la humanidad y cuándo ha sufrido más que ahora?

Sí, hubo un tiempo en que la Iglesia y la Francmasonería fueron una. Fue en los siglos de intensa reacción moral, periodo de transición, época de lucha en la que el pensamiento era denso como una pesadilla. Así que

cuando la concepción de nuevos ideales condujo a la aparente destrucción de los viejos templos y al aniquilamiento de los antiguos ídolos, el asunto terminó con la reconstrucción de estos templos con ayuda de los antiguos materiales y moldeando los mismos ídolos pero con nombres nuevos. Aquello no fue más que una reorganización, un "blanqueo" universal llevado a cabo únicamente "a flor de piel".

La historia no nos dirá jamás cuántos semi Hierofantes y altos iniciados se vieron obligados a pasar por regenerados para asegurar la supervivencia de los secretos iniciáticos. Praetextux, procónsul de Arcadia, fue digno de fe cuando dijo, en el siglo IV de nuestra era: "Privar a los griegos de los misterios sagrados que *unían a la humanidad en un solo cuerpo* equivalía a privarles de la vida". Quizá los iniciados lo comprendieron así, puesto que se unieron *nolens volens* con los partidarios de la nueva religión que había llegado a dominar; y obraron en consecuencia.

Así, algunos judíos gnósticos helenizantes hicieron lo mismo, y fue así como más de un Clemente de Alejandría —quien aparentemente se convirtió, aunque seguía siendo un ardiente neoplatónico y un filósofo en el fondo de su ser—, llegó a ser el instructor de los ignorantes obispos cristianos. En pocas palabras, el que se convertía *a su pesar*, combinaba las dos mitologías externas —la antigua y la nueva— y dando lecciones a la multitud guardaba para sí las verdades secretas.

El caso del neoplatónico Sinesio demuestra quienes eran estos extraños cristianos. Este discípulo, preferido de Hipatía —la virgen filósofa y mártir, víctima del infame

Cirilo de Alejandría—, no estaba bautizado todavía cuando los obispos de Egipto le ofrecieron el arzobispado de Ptolemaida. Todos los eruditos saben que, después de haber aceptado el cargo que le ofrecían, consintió en que le bautizaran. Concedió tan poco valor a esta ceremonia que no firmó realmente su consentimiento hasta que le fueron aceptadas todas las condiciones que él consideraba indispensables y garantizados sus privilegios futuros.

Entre estas condiciones había una, la principal, realmente curiosa: que le fuera permitido *sine qua non,* abstenerse de profesar las doctrinas cristianas, en las cuales no creía el nuevo obispo. Y por eso sucedió que, a pesar de haber sido bautizado y ordenado en los dogmas del diaconado, del sacerdocio y del episcopado, no se separó jamás de su mujer ni abandonó nunca la filosofía platónica, ni menos aún sus diversiones (deportes), las cuales les estaban prohibidas a los demás obispos. Esto sucedía, nada menos, que en el siglo v.

En esta época se hicieron numerosas concesiones, como la descrita a los filósofos iniciados y a los sacerdotes reformados del judaísmo. Los primeros trataban de ser fieles a los juramentos prestados en los Misterios y no perder su dignidad personal. Para conseguirlo, se vieron obligados a recurrir a un triste compromiso con la ambición, la ignorancia y la creciente marea del fanatismo popular. Ellos creían en la Unidad Divina, en el Uno o *Solus* incondicionado e incognoscible y, no obstante, consintieron en rendir homenaje público al Sol que se movía entre sus doce apóstoles, los doce signos del zodiaco, o dicho de otra manera, los doce hijos de Jacob. Los *hoi polloi* (la plebe) seguían ignorando la existencia del

Único y adoraban al Sol rindiendo, cada cual, en sí mismo, homenaje al Dios que honraban antiguamente.

Transferir esta adoración de las divinidades solares y lunares y demás deidades cósmicas a los Tronos, Arcángeles, Potestades y Santos, no era difícil, sobre todo teniendo en cuenta que las divinidades solares habían sido admitidas en el canon cristiano con sus nombres antiguos, sin experimentar cambio alguno. Así se explica que el "Gran Elegido" renovase en voz baja, durante la misa, su absoluta adhesión a la Unidad Suprema Universal del "obrero incomprensible", y pronunciase, en voz alta y solemnemente, la palabra sagrada, mientras que su acólito continuaba cantando con fastidiosa retahíla los nombres de los seres siderales inferiores que debían ser adorados por la masa.

Los catecúmenos profanos, que poco tiempo antes oraban al buey Apis, a los santos cinocéfalos, al Ibis sagrado y al Osiris de la cabeza de gavilán, observarían que el águila de San Juan[3] y la Paloma divina (que se cierne en el bautismo sobre el cordero de Dios), no eran sino la evolución natural, la continuación de su propia zoología nacional y sagrada, a la que desde la infancia les habían enseñado a adorar.

Capítulo V
EL SÍMBOLO DEL GADU

Es posible demostrar que la Francmásonería moderna y el ritual de la Iglesia descienden por línea directa de los gnósticos iniciados, de los neoplatónicos y de los hierofantes renegados de los Misterios paganos, cuyos secretos han perdido aquellas instituciones, pero que han sido conservados por quienes no aceptaron compromisos. Si la Iglesia y la Masonería quieren olvidar la historia de su verdadero origen, los teósofos no hacen lo mismo, pues insisten en que la Masonería y las tres grandes religiones cristianas han heredado los mismos bienes. Las "ceremonias" y "palabras de paso" de la Masonería, así como las oraciones, dogmas y ritos de las religiones no son sino copias mal interpretadas del paganismo puro y de la teosofía neoplatónica. Asimismo, las "palabras de paso" relativas a "la tribu de Judá", los nombres de "Tubal-Caín" y de otros dignatarios zodiacales del Antiguo Testamento empleadas actualmente por los masones bíblicos, no son sino las que aplicaban los judíos a los antiguos dioses de la plebe pagana, y no los dioses de los hierográmatas, intérpretes de los verdaderos Misterios. Prueba de ello es la siguiente afirmación: los buenos de los hermanos masones difícilmente podrían negar que, por lo menos de

nombre, son *solícolas*, o adoradores del sol celeste, en el cual veía el erudito Ragón un símbolo magnífico del GADU, como lo es, sin duda alguna.

Sin embargo, el propio Ragón se hubiera visto en apuros si hubiese tenido que demostrar que el GADU no es más bien sino el Sol del pecado de los profanos que el *solus* del Gran Epoptai. Puesto que el secreto de los fuegos de *Solus* —el espíritu que brilla en la Estrella flamígera— es un secreto hermético, si el masón no estudia la verdadera Teosofía, no podrá comprender este secreto, ni tampoco las pequeñas indiscreciones del *Ttshuddi*. Actualmente, tanto los masones como los cristianos santifican el día del sabbat, el "Día del Señor", a pesar de que saben mejor que nadie que el *Sunday* y el *Sonntag* de los protestantes ingleses y alemanes significan el *día del sol*, es decir, lo mismo que hace dos mil años.

Y en cuanto a aquellos reverendos, padres, sacerdotes y obispos que dan a la Teosofía el nombre de "idolatría" y condenan ferozmente a sus partidarios al fuego eterno, les preguntamos lo siguiente: ¿Pueden jactarse de poseer un solo y simple rito, una sola vestimenta o un vaso sagrado perteneciente a la iglesia o al templo que no proceda del paganismo? No, porque sería demasiado peligroso tener la osadía de afirmarlo, no sólo ante la historia, sino también ante las confesiones de los funcionarios sacerdotales.

Hagamos una recapitulación, aunque no sea más que para justificar nuestras afirmaciones. Dice Du Choul que "los sacrificadores romanos" tenían la obligación de confesarse antes de hacer su trabajo. Los sacerdotes de Júpiter usaban como tocado un alto bonete negro de forma cua-

drada, que era el objeto con que se cubrían la cabeza los *flamines* (véase, para constatar, el sombrero de los sacerdotes armenios y griegos de la actualidad). La sotana negra de los sacerdotes católicos es la negra *hierocaracia* o amplia vestidura que usaban los sacerdotes de Mitra, la cual recibía este nombre por ser del color de los cuervos, *corax*. El rey-sacerdote de Babilonia poseía un sello o anillo de oro que llevaba en el dedo. Llevaba pantuflas que besaban los potentados sometidos a su dominio, un manto blanco y una tiara de oro de la cual pendían dos cintas. Los papas utilizan pantuflas y un anillo que tienen el mismo uso, un manto de raso blanco bordado con estrellas de oro, una tiara con dos cintas cubiertas de piedras preciosas, etcétera. La vestidura de tela blanca *alba vestis* es idéntica a la de los sacerdotes de Isis; los sacerdotes de Anubis se afeitaban la coronilla (juvenal), de cuya costumbre se deriva la de la *tonsura*; la *casulla* de los "padres" cristianos es copia de la vestimenta con que se cubrían los sacerdotes del culto judío, vestidura denominada *colarisis*, sujeta al cuello y que descendía hasta los talones. La estola de nuestros sacerdotes ha sido tomada del vestido femenino que llevaban las *galli* o bailarinas del templo, cuya función era la del kadashim judío (véase el Libro II de los *Reyes*, capítulo XXIII, 7); su cinturón de castidad procedía del *ephod* de los judíos y de los cordones de los sacerdotes de Isis, quienes hacían este voto (si se quieren más detalles que confirmen lo expuesto, léase a Ragón).

Los antiguos paganos utilizaban el agua bendita o lustral para purificar sus ciudades, campos, templos y hombres, de la misma forma como se practica ahora en las regiones católico-romanas. A la puerta de los templos

había pilas bautismales llenas de agua lustral, que recibían los nombres de *favisses* y aquiminaria. El pontífice o curión (de aquí se deriva el nombre español de *cura*) sumergía en el agua lustral una rama de laurel antes de ofrecer el sacrificio y acto seguido rociaba con ella a la congregación, lo que entonces recibía el nombre de *lustrica* y *aspergilium* y que hoy se llama aspersorio o hisopo. El hisopo de las sacerdotisas de Mitra era el símbolo del *lingam* universal, que se sumergía en leche lustral durante las ceremonias, rociando con ella a los fieles, con lo cual trataba de representarse la fecundidad universal. Por lo tanto, el empleo de agua bendita en el cristianismo es un rito de origen fálico. Además, la idea que preside este hecho es puramente oculta y pertenece al ceremonial mágico.

Las purificaciones se realizan por medio del fuego, el azufre, el aire y los elementos. Se recurría a las abluciones para llamar la atención de los dioses celestes y se empleaba constantemente el aspersorio purificador para conjurar y alejar a los dioses inferiores.

En muchas iglesias griegas y romanas, suele pintarse la bóveda de los templos de color azul y con estrellas doradas para representar la bóveda celeste, costumbre que no es más que una copia de lo que se hacía en los templos egipcios, donde se adoraba al sol y a las estrellas. En Oriente, se rinde el mismo homenaje que las arquitecturas masónica y cristiana rindieron al paganismo. Ragón demuestra plenamente este hecho en sus volúmenes, hoy en día desaparecidos. La *princeps porta*, la puerta del mundo y del "Rey de la Gloria", cuyo nombre designaba antiguamente al Sol y que hoy en día se aplica al Cristo, su símbolo humano, es la puerta de Oriente

orientada hacia ese punto cardinal en todo templo o iglesia. Por esta "puerta de la vida", a través de la cual entra diariamente la luz en el cuadrado oblongo[4] de la Tierra o Tabernáculo del Sol, es introducido al templo el recién nacido y llevado hasta la pila bautismal. Éstas se colocan, hoy en día, a la izquierda del edificio (el sombrío Norte de donde parten los "aprendices" y en donde sufren los candidatos *la prueba del agua*), que es, precisamente, el lugar en que se ponían antiguamente las piscinas de agua lustral, lo cual se explica por qué se sabe que las antiguas iglesias habían sido antes templos paganos. Los altares de la pagana Lutecia fueron enterrados y descubiertos bajo el coro de Nuestra Señora de París; el pozo en donde se conservaba el agua lustral existe todavía en esa iglesia. Casi todas las grandes iglesias antiguas del continente europeo anteriores a la Edad Media habían sido previamente templos paganos, sobre cuyos emplazamientos fueron construidas aquellas por orden de los obispos y de los papas. Gregorio el Grande dio sus órdenes al monje Agustín de la manera siguiente: "Destruid los ídolos, pero nunca los templos, los cuales debéis rociar con agua bendita, colocando reliquias en ellos, para que los pueblos adoren en donde tienen por costumbre hacerlo."

Basta consultar las obras del cardenal Baronio para encontrar la siguiente confesión hecha en el año XXXVI de sus Anales: "Le ha sido permitido a la Santa Iglesia *apropiarse de los ritos y ceremonias utilizados por los paganos en su culto idolátrico*, porque ella (la Iglesia) los *regeneró por medio de la consagración*". Se puede leer en las *Antíquités Gauloises* de Fauchet que los obispos de Francia adopta-

ron las ceremonias paganas con objeto de convertir a los paganos al cristianismo. Esto aconteció cuando los galos eran todavía paganos. ¿Se realizan esos ritos y ceremonias en la Francia cristiana con espíritu de gratitud y de reconocimiento a los paganos y sus dioses?

Capítulo VI
LOS ALTARES Y LAS PIEDRAS CUADRADAS

Hasta el siglo IV no hubo altares en las iglesias, pues hasta esa época el altar consistía en una mesa, que se colocaba en el centro del templo para tomar la comunión o el ágape fraternal (la *Cena*, como misa, se decía al principio por la noche).

Actualmente, se utiliza la mesa en la Logia para celebrar los banquetes masónicos con que terminan normalmente las actividades de una Logia, durante las cuales los Hiram Abif resucitados, "los hijos de la viuda", ennoblecen sus brindis por medio de *fining* (un modo masónico de transubstanciación), que es una continuación de esa costumbre. ¿Debemos, entonces, dar el nombre de altares a las mesas de los banquetes masónicos? ¿Por qué no? Los altares se copiaron del *Ara Maxima* de la Roma pagana. Los latinos colocaban junto a las tumbas unas piedras cuadradas u oblongas a las que daban el nombre de *aras* (altares), consagrándolas a los dioses Lares y a los Manes. Nuestros altares tienen su origen en estas piedras cuadradas, que eran otras formas de mojones, los cuales recibían el nombre de dioses Término, Hermes y Mercurio, de donde proviene aquello de los mercurios "quadratus, quadrifons", etcétera, o sea los dioses de *cuatro caras*, de

quienes estas piedras cuadradas son símbolos desde la más remota antigüedad. La piedra en la que se sentaban los reyes de Irlanda era un altar de esta clase. En la abadía de Westminster hay también una de estas piedras, a la cual se atribuye, además, una voz. De manera que todos nuestros altares y tronos descienden directamente de los mojones fronterizos y priápicos, los dioses Término.

Quizás el lector fiel a las enseñanzas de la Iglesia se ofenda si afirmamos que los cristianos no adoptaron la moda pagana de adorar en los templos hasta el reinado de Diocleciano, pero ésta es la verdad, ya que hasta esa época experimentaron horror por los altares y los templos, a los que durante 250 años miraron como cosa abominable. Y es que los cristianos primitivos eran verdaderos cristianos. Los modernos son más paganos que ningún idólatra antiguo. Los primitivos se parecían a nuestros teósofos de la actualidad, pero a partir del siglo IV se convirtieron en heleno-judaicos, en gentiles, en todo, menos en neoplatónicos. Veamos lo que decía a los romanos Minicio Félix en el siglo III:

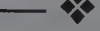
> Vosotros os creéis que los cristianos os ocultamos lo que adoramos, *porque no tenemos templos ni altar*. Pero, ¿qué imagen de Dios podemos construir cuando hasta el mismo hombre no es más que una imagen suya? ¿Qué templos vamos a erigir a la divinidad, si el Universo, que es obra suya, no puede apenas contenerla? ¿Cómo colocaríamos en un solo edificio el poder del Omnipotente? ¿No es preferible, acaso, que consagremos un templo en nuestro corazón y en nuestro espíritu a la divinidad?

Hay que considerar que en esa época los cristianos del tipo de Minucio Félix tenían presente en la memoria los

mandamientos del Maestro iniciado, de que no hay que rezar en las sinagogas y en los templos como hacen los hipócritas, para "que los vean los hombres", y recordaban la declaración de Pablo, el Apóstol-Iniciado, Pablo el "Maestro Constructor", de que el hombre es el único templo de Dios en que mora el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios. Ellos guardaban los verdaderos preceptos cristianos, mientras que los cristianos modernos obedecen únicamente a los arbitrarios cánones de sus respectivas iglesias y a las reglas que les dejaran sus hermanos mayores. "Los teósofos son notoriamente ateos. Ninguno de ellos asiste al servicio divino... Odian a la Ig1esia", escribe en la *Church Chronicle* un periodista que, dejándose llevar por su cólera, la vierte sobre los infieles y paganos MST.

El hombre de la Iglesia moderna lanza también piedras contra los teósofos, como hicieron los fariseos de la "Sinagoga de Libertinos", antepasados suyos, cuando lapidaron a Esteban porque había dicho lo que ahora dicen muchos teósofos cristianos; esto es, que "el Altísimo no mora en un templo construido por manos de hombres", y no vacilan, como tampoco vacilaron aquellos inicuos jueces en sobornar a testigos para acusarnos.

Capítulo VII
DEL MITO SOLAR



Es tal el hartazgo del "mito solar" que casi produce náuseas, pues lo oímos repetir desde los cuatro puntos cardinales del orientalismo y del simbolismo y se aplica sin discernimiento a todo y a todas las religiones, excepto a la Iglesia cristiana y a las religiones de Estado. No cabe duda de que el Sol ha sido, desde tiempo inmemorial, el símbolo de la divinidad creadora, no sólo entre los parsis, sino también en cada nación. Lo mismo ocurre con todos los cultos ritualistas, como eran antaño lo son hoy todavía. El astro rey es para los *Pro-Fanes* el "Padre", mientras que para los *Epoptai* es el "Hijo de la Divinidad Incognoscible". Ragón, el masón que ya hemos citado antes, nos dice: "El Sol era la imagen más sublime y natural del Gran Arquitecto, así como la más ingeniosa de las alegorías con que el hombre moral y bueno (*el verdadero sabio*) ha simbolizado la inteligencia infinita e ilimitada". Además de esta última afirmación, tiene razón Ragón, pues nos demuestra que el símbolo se va alejando del ideal concebido y representado, hasta que sus ignorantes adoradores lo confunden con el mismo Sol y no con su símbolo. El gran autor masónico prueba en seguida que los cristianos primitivos creían que el sol físico era al

mismo tiempo el Padre y el Hijo, y exclama: "Oh, hermanos iniciados, ¿podéis echar en olvido acaso la gran *lámpara* que arde noche y día en los templos de la religión existente? Suspendida está de cara al altar principal, en donde se ha depositado el arca del Sol. Ante el altar de la Virgen madre, arde otra *lámpara* como emblema de la claridad lunar."

Clemente de Alejandría nos enseñó que los egipcios fueron los primeros en establecer la costumbre religiosa de las lámparas. El deber más sagrado y terrible se confiaba a las vestales. Si los templos masónicos están iluminados por tres luces astrales (el Sol, la Luna y la Estrella Geométrica) y por tres luces vitales (el Hierofante y los dos obispos o vigilantes) es porque uno de los padres de la Masonería, Pitágoras, sugirió hábilmente la idea de que no debemos hablar sobre las cosas divinas si no nos ilumina una lámpara. Los paganos celebraban en honor de Minerva, Prometeo y Vulcano la fiesta de las lámparas, llamadas *lampadophorias*. Pero Lactancio y algunos de los primeros padres de la nueva religión se lamentaban de que se hubieran introducido lámparas paganas en las iglesias. Lactancio escribe: "Si se dignaran contemplar la luz que llamamos sol, no tardarían en convencerse de que Dios no necesita sus lámparas para nada"; y Vigilanto añade: "Con el pretexto de religión, la Iglesia ha establecido la costumbre de los gentiles de encender mezquinas candelas, mientras luce el Sol esplendoroso. ¿Es ésta la manera de honrar al Cordero de Dios, al Sol así representado que, hallándose en el *centro del Trono* (El Universo), lo llena con la radiación de su majestad?" Estas dos citas demuestran que la Iglesia primitiva adoraba al Gran

Arquitecto del Universo en su imagen, el Sol Único, el único de su especie (La Misa y sus Misterios).

Los candidatos deben pronunciar el juramento masónico orientados hacia el Oriente, en donde se encuentra el "Venerable" (porque los neófitos hacían lo propio en los Misterios); la Iglesia ha conservado, a su vez, este mismo rito durante la misa mayor (el *ara* máxima) con el tabernáculo o *pyx* (la caja en la que se guarda el Santo Sacramento) y con seis lámparas.

El significado exotérico del *pyx* y de su contenido, símbolo del "Cristo Sol", es la representación de la resplandeciente luminaria y los seis cirios, la de los seis planetas (los primeros cristianos sólo conocían ese número), tres de los cuales se colocan a la derecha y otros tres a la izquierda, con lo cual no se ha hecho más que copiar el candelabro de los siete brazos de la sinagoga, cuyo significado es idéntico. *Sol est dominus Meus*, "el Sol es mi Señor", exclama David en el salmo XCV, lo que se ha traducido, ingeniosamente, en la versión autorizada diciendo: "El Señor es Dios grande, y Rey grande sobre todos los dioses" (versículo 3), quienes en realidad no son sino los planetas. Agustín Chalis es más sincero cuando dice, en su *Filosofía de las Religiones Comparadas*, que: "Todos son dev (demonios) en esta tierra, salvo el Dios de los Videntes (Iniciados); y si en Cristo no veis nada más que el sol, adoráis a un dev, a un fantasma, como lo son todos los hijos de la noche."

Si tomamos en cuenta que el Este es el punto cardinal de donde surge el astro del día, Gran Dispensador y sostén de la vida, creador de todo cuanto existe y respira en el Globo, no nos extrañe que todas las naciones de la

Tierra hayan adorado en él al Agente visible del Principio y de la Causa invisible, ni que se diga la misa en honor del que es el dispensador de las *messis* (mieses) o cosechas.

Pero entre la adoración del ideal en sí y la del símbolo, hay de por medio un abismo.

Para los egipcios doctos, el Sol era el ojo de Osiris, pero no el propio Osiris, y lo mismo creían los sabios adoradores de Zoroastro.

El Sol llegó a ser la divinidad *in toto* para los primeros cristianos, y por la fuerza de la casuística, del sofisma y de los dogmas, cuya discusión se prohíbe, han terminado las iglesias cristianas por obligar a las personas cultas a aceptar esta opinión, hipnotizándolas con la creencia de que su Dios es la única divinidad viva, la creadora del Sol y no el Sol, el cual es un *demon* adorado por los paganos.

Pero, ¿qué diferencia existe entre un mal *demon* y el Dios que, si no es invocado por los pobres, los desesperados y los ignorantes, cuando "el temor les oprime como una desolación" y "la destrucción cae sobre ellos como un torbellino", amenaza con palabras como éstas: "Me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando viniere lo que teméis" *(Proverbios* 1:27).

Comparemos este Dios con el Gran Avatar sobre el que se basa la leyenda cristiana la cual identificamos con el Gran Iniciado que dijo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación", y ¿cuál es el resultado de la comparación?

Pues que con ese Dios puede justificarse el diabólico júbilo de Tertuliano, quien sonreía regocijado sólo de pensar que un próximo pariente suyo, que por más señas

era "infiel", se consumiera en el fuego del infierno; y el consejo dado por Jerónimo a un cristiano convertido de que pisara con sus pies el cuerpo de su pagana madre, si ésta trataba de impedir que lo abandonase para siempre con el objeto de seguir a Cristo.

Capítulo VIII
LOS GRANDES MISTERIOS

El ritual del cristianismo primitivo tiene su origen en la antigua Masonería, como ha sido demostrado en capítulos anteriores. Ésta, a su vez, es la heredera de los Misterios, casi desaparecidos en esta época, de los cuales vamos a hablar en esta parte.

Es sabido que todas las naciones del mundo antigüo tenían sus secretos ocultos, conocidos con el nombre de Misterios, los cuales existían al margen de la adoración popular que se nutría de letra muerta y de las vacías formas de las ceremonias exotéricas. Estrabón es uno de los autores que da testimonio de esta afirmación (*Georg.* Libro X: "Nadie era admitido en los Misterios si no se había preparado antes por medio de un entrenamiento especial. Los neófitos, a quienes se instruía en la parte superior de los templos, eran iniciados en las Criptas en el Misterio final". Estas instrucciones constituían el último patrimonio, la última supervivencia de la sabiduría antigua. Los Misterios se representaban bajo la dirección de los Grandes Iniciados.Y empleamos a propósito el término *representar* porque las instrucciones orales, dichas en *voz baja*, únicamente se daban en las *criptas*, en secreto y en silencio solemnes. Las lecciones relativas a la teogonía

y a la cosmogonía se daban a través de representaciones alegóricas. Todo se trasmitía simbólicamente, tanto el *modus operandi* de la evolución gradual del Kosmos como el de los mundos, de nuestra Tierra, de los de Dios y de los hombres. Las grandes representaciones públicas que se realizaban durante las fiestas de los Misterios eran presenciadas por la multitud, la cual adoraba ciegamente las verdades allí simbolizadas, pero sólo los Grandes Iniciados, los *epoptai*, comprendían el verdadero significado de su lenguaje. Los sabios conocen esto y mucho más.

Las naciones de la antigüedad han pretendido divulgar que los Misterios reales relativos a lo que tan antifilosóficamente se denomina creación, fueron enseñados en los tiempos prehistóricos a los elegidos de nuestra raza (la quinta) por las primeras dinastías de Reyes Divinos, "dioses encarnados", "encarnaciones divinas" o "Avatares". En las últimas estancias de Dzyan, citadas en *La Doctrina Secreta*, se habla de los que reinaron sobre los descendientes "salidos del Santo Rebaño", que "descendieron de nuevo, hicieron las paces con la Quinta Raza y la enseñaron e instruyeron".

El hecho de que se anote "hicieron las paces" demuestra que antes debió producirse una querella. El destino de los atlantes en nuestra filosofía y el de los prediluvianos en la Biblia corroboran esta idea. Esto volvió a repetirse muchos siglos antes de que apareciera Ptolomeo, pues los iniciados del santuario egipcio abusaron también de la ciencia sagrada. Y aunque las enseñanzas secretas de los dioses habían sido conservadas en toda su pureza durante siglos, la ambición personal y el egoísmo de los iniciados terminaron por corromperlas. El significado de los

símbolos se vio con frecuencia profanado por interpretaciones inconvenientes y pronto los Misterios de Eleusis fueron los únicos que se vieron libres de toda alteración y de toda innovación sacrílega. Estos Misterios se celebraban en Atenas en honor de Ceres, Démeter o la Naturaleza. En ellos fueron iniciados los intelectuales más célebres de Grecia y Asia Menor.

Zósimo dice en su cuarto libro que estos iniciados pertenecían a toda la Humanidad[5] y Arístides opina que los Misterios constituyen "el Templo común de la Tierra entera".

Para conservar algunas reliquias de este "Templo" y reconstruirlo cuando fuera el momento, fueron elegidos algunos de los iniciados. El gran Hierofante realizaba esta selección todos los siglos, en cuanto las alegorías sagradas mostraban los primeros síntomas de profanación y decadencia, con el fin de restaurarlas a su pureza primigenia.

Pero los Grandes Misterios de Eleusis tuvieron el mismo destino de los otros. Su superioridad primera y su finalidad primitiva las describe Clemente de Alejandría, quien manifiesta que los Grandes Misterios divulgaban los secretos y la forma de construcción del Universo, enseñanza que era el principio, el fin y el objeto último del conocimiento humano. En ellos se mostraba al Iniciado la naturaleza y todas las cosas tal como son en sí. (*Estromata* 8ª). La gnosis pitagórica consistía en lo mismo, en "el conocimiento de las cosas tal como son en sí".

Epicteto habla de estas instrucciones con encomio: "Nuestros maestros son los autores de todo lo establecido en ellas con objeto de instruir a los hombres y de corregir nuestras costumbres" (apud. Arriam Dissert,

libro capítulo 21). Platón dice lo mismo en Fedon, pues, según este filósofo, el objeto de los Misterios consistía en restablecer la pureza primitiva del alma, en volverla al *estado de perfección que había perdido.*

Capítulo IX
DECADENCIA DE LOS MISTERIOS

Por desgracia, y siguiendo la línea de pensamiento del capítulo anterior, llegó una época en que los Misterios se desviaron de su pureza, como ocurre con las religiones exotéricas.

Esta desviación comenzó cuando, siguiendo el consejo de Aristigón, el Estado decidió obtener de los Misterios de Eleusis una importante y constante fuente de ingresos. Para tales efectos, se dictó una ley según la cual nadie podría ser iniciado sin pagar cierta suma por este privilegio. De modo que lo que hasta entonces sólo podía lograrse a costa de un esfuerzo constante y casi sobrehumano hacia la virtud y la perfección, pudo adquirirse ya con oro.

Una vez aceptada esta profanación, los laicos y los sacerdotes perdieron el respeto ancestral por los Misterios internos, lo cual condujo a la profanación de la ciencia sagrada. La rasgadura hecha al velo fue haciéndose más grande en cada siglo, y los sublimes Hierofantes, temerosos como nunca de que los secretos más sagrados de la naturaleza fueran divulgados y profanados, se esforzaron por eliminarlos del programa "interno", limitando su conocimiento a un reducidísimo número de elegidos.

Éstos, que fueron *puestos aparte*, se constituyeron como los únicos guardianes del divino patrimonio perteneciente a tiempos pasados.

Siete siglos más tarde, Apuleyo escribió en el *Asno de oro*, a pesar de su sincera inclinación por la magia y la mística, una amarga sátira contra la hipocresía y el libertinaje de ciertas órdenes de sacerdotes semi iniciados. También cuenta este autor que en su época (siglo ii de nuestra era) los Misterios se habían hecho tan comunes que se iniciaba a todo el mundo, a personas de todas las condiciones y clases, tanto hombres como mujeres y niños. En aquellos tiempos, la iniciación era tan necesaria como lo es hoy el bautismo para los cristianos: una ceremonia sin significado y un mero formulismo. Algún tiempo después, los fanáticos de la nueva religión descargaron su pesada mano sobre los Misterios.

Los epoptai, los "que ven las cosas tal como son", desaparecieron uno a uno y emigraron a regiones inaccesibles para los cristianos. Los *Mystes* (o velados), "los que ven las cosas tal como parecen ser", no tardaron en convertirse en los únicos dueños de la situación.

Los primeros, los *puestos aparte*, son quienes han conservado los verdaderos secretos, mientras que los Mystes, o sea, los que sólo conocen las cosas superficialmente, son los que colocaron la piedra fundamental de la Francmasonería moderna. De esta fraternidad primitiva de masones, semipaganos, semiconversos, ha nacido el ritual cristiano y la mayoría de los dogmas.

Los Epoptai y los Mystes reciben, a su vez, el nombre de masones (constructores) porque todos ellos, fieles al juramento prestado a sus Hierofantes o "Reyes", desapa-

recidos desde hacía mucho tiempo, reconstruyeron *su Templo*; los Epoptai el "inferior" y los Mystes el "superior", pues con estos nombres se designaban sin respeto en ciertas regiones de la antigüedad, así como en nuestros días.

Sófocles se refiere, en su obra *Electra*, a los fundamentos de Atenas —el emplazamiento de los Misterios eleusinos—, diciendo que constituyen "el edificio sagrado de los dioses", es decir, construido para los dioses. La iniciación se describía como "un paseo dentro del templo", y la "purificación" o "reconstrucción del Templo" se refería al cuerpo del Iniciado en la última y suprema prueba (véase el Evangelio de San Juan, capítulos XI y XII).

La doctrina exotérica se designaba a veces con el nombre de "Templo", y la religión exotérica popular con el de "ciudad". *Construir un Templo* significaba fundar una escuela esotérica; *construir un* Templo en la ciudad equivalía a establecer un culto público. Por consiguiente, los verdaderos supervivientes de los Masones son los del Templo inferior o cripta, que era el lugar sagrado donde se verificaba la iniciación; ellos son los únicos guardianes de los verdaderos secretos masónicos hoy en día perdidos para el mundo.

No tenemos inconveniente en otorgar a la moderna fraternidad de los Masones el título de "constructores" del "Templo superior", si bien es tan ilusoria la superioridad dada *a priori* por el adjetivo como la llama de la zarza mosaica que arde en las Logias de los Templarios.

Capítulo X
SIGNIFICADO DEL DESCENSO A LOS INFIERNOS

Una vez más, la mal comprendida alegoría conocida como el descenso a los infiernos ha provocado no poco daño. La "fábula" esotérica de Hércules y Teseo descendiendo a las "regiones infernales"; la del viaje a los infiernos de Orfeo, quien encontró su camino gracias al poder de su lira (Ovidio, *Metamorfosis*); la de Krishna y, finalmente, la del Cristo que "descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos", han sido desfigurados por los "adaptadores" profanos de los ritos paganos y transformados en confusos ritos y dogmas de la Iglesia.

Desde el punto de vista astronómico, este "descenso a los infiernos" es un acto simbólico del Sol que ocurre durante el equinoccio de otoño, pues antiguamente se creía que este astro abandonaba las altas regiones siderales, librando un combate con el genio de las tinieblas, quien se adueñaba de lo mejor de nuestra luz. Se creía que el Sol sufría entonces una muerte temporal y descendía a las regiones infernales. Pero desde el punto de vista de la mística, esta alegoría simboliza los ritos iniciáticos llevados a cabo en las criptas del Templo, que recibían el nombre de "mundo inferior" (Hades). Baco, Heracles, Orfeo, Asclepio y todos los demás visitantes de

la cripta descendieron a los infiernos, de donde salieron al tercer día, porque todos eran iniciados y "constructores del Templo inferior".

Las palabras que dirige Hermes a Prometeo encadenado en las agrestes rocas del Cáucaso —Prometeo sumergido en la ignorancia y devorado por el buitre de las pasiones— se aplicaban a todos los neófitos, a todos los *chrestos*, durante las pruebas: "No esperes término a tu suplicio antes de que Dios (o un dios) aparezca, te releve de tus dolores y descienda contigo al sombrío Hades, a la niebla profunda del Tártaro" (Esquilo, *Prometeo*), lo cual significa, sencillamente, que hasta que Prometeo (o el hombre) pueda encontrar al "dios", o Hierofante (el Iniciador) que consienta en descender con él a las criptas de la Iniciación y lo dirija alrededor del Tártaro, no cesará en sus ataques el siniestro y poderoso buitre de las pasiones en devorar sus órganos vitales[6].

El iniciado Esquilo no pudo ser más explícito. Pero Aristófanes, menos piadoso o quizá más audaz que Esquilo, divulga este secreto a los hombres que no se ven cegados por prejuicios de fuerte raigambre en su inmortal sátira relativa al "descenso de Heracles a los infiernos" (*Las Ranas*).

En esa obra se habla del coro de los bienaventurados (los iniciados), de los Campos Elíseos, de la llegada de Baco (el dios Hierofante) con Heracles, de la recepción con las antorchas encendidas, emblema de la *nueva vida*, y de la *resurrección* desde las tinieblas de la ignorancia humana a la luz del conocimiento espiritual, es decir, a la *vida eterna*.

Todas las palabras de la brillante y significativa sátira

atestiguan la intención secreta del poeta: "Animaos, oh ardientes antorchas..., porque tú, Iaccos, estrella fosforescente del rito nocturno, vienes sacudiéndolas en tu mano..."

Las iniciaciones finales se efectuaban siempre durante la noche. Por consiguiente, cuando se decía que alguien había descendido a los infiernos, se quería dar a entender que había llegado a ser un "Iniciado perfecto". Y si alguien se siente impulsado a rechazar esta interpretación, no hay más que preguntarle si puede explicar el significado de una frase contenida en el libro sexto de la *Eneida* virgiliana: ¿Qué quiere dar a entender el poeta —sino lo que líneas arriba se ha explicado—, cuando, al introducir al venerable Anquises en los Campos Elíseos le obliga a aconsejar a su hijo Eneo que marche a Italia, en donde tendrá que combatir con el pueblo rudo y bárbaro del Lacio, "pero" —él añade— "no te aventures en tan atrevida empresa hasta que hayas 'descendido a los infiernos' ", es decir, hasta que se haya iniciado?

Los buenos de los clérigos que, en cuanto les provocan un poco nos envían al demonio y a las regiones infernales, no se percatan de cuán buenos son sus deseos, ni de cuánta santidad de carácter debemos tener para lograr la entrada en un lugar tan sagrado.

Los paganos no fueron los únicos que tuvieron Misterios. Belarmino (de *Eccl. Triump.*, libro II, capítulo 14) asegura que los primeros cristianos copiaron la costumbre de los paganos de reunirse en la Iglesia durante las noches precedentes a sus fiestas, para celebrar vigilias o "veladas".

Al principio, cumplieron las ceremonias con pureza y

edificante santidad, pero no tardaron en deslizarse en sus asambleas tales abusos inmorales, que los obispos juzgaron conveniente abolir. Hemos leído docenas de libros en los que se habla de la licencia reinante en las fiestas religiosas de los paganos. Cicerón (de *Leg.* Libro II, capítulo 15) cuenta que Diágonas el Tebano no halló mejor remedio contra semejantes abusos que la supresión de los Misterios. No obstante, cuando comparamos las dos suertes de celebraciones, es decir, los Misterios paganos santificados por los siglos y los ágapes cristianos de una religión que, apenas nacida, pretendía ejercer sobre sus conversos tan enorme influencia purificadora, no podemos sino lamentar la ceguera mental de sus defensores y citar esta pregunta de Roscomón: "¿Por qué vuestra finalidad es tan mezquina y baja, cuando comenzáis con tanta pompa y ostentación?"

Capítulo XI
EL CRISTIANISMO SE DERIVA DE LA MASONERÍA

Dado que el cristianismo primitivo era una derivación de la Masonería primitiva, tenía también sus signos, sus palabras de paso y sus grados iniciáticos. "Masonería" es un término antiguo y su empleo no se remonta muy lejos en nuestra era. El apóstol Pablo, se llama a sí mismo "Maestro Constructor".

Los antiguos Masones recibieron nombres diferentes, la mayoría de los eclécticos de Alejandría, así como los teósofos de Amonio Saccas y los últimos neoplatónicos eran virtualmente Masones. Todos estaban ligados al secreto por un juramento. Todos se creían hermanos y tenían sus signos de reconocimiento. Los eclécticos o filaleteos contaban en sus nutridas filas, entre todos los sabios más capaces y más eruditos de la época, a varias testas coronadas. El autor de la *Filosofía ecléctica* se expresa de la siguiente manera:

> Sus doctrinas fueron adoptadas por los paganos y por los cristianos de Asia y de Europa, y durante algún tiempo la cosa pareció favorable a una fusión general de creencias religiosas. Los emperadores Alejandro, Severo y Juliano abrazaron su doctrina; pero su influencia predominante en las ideas religiosas despertó los celos de los cristianos de Alejandría, por cuyo motivo la escuela fue

trasladada a Atenas, siendo cerrada inmediatamente después por Justiniano. Sus profesores se retiraron a Persia,[7] donde se hicieron numerosos discípulos.

Hay algunos detalles más muy interesantes.Ya sabemos que los Misterios de Eleusis sobrevivieron a todos los demás y que, mientras que los cultos secretos de los dioses menores, como por ejemplo los *Curates*, los *Dactíles*, los adoradores de Adonis, de *Kabiri* y hasta los mismos del antiguo Egipto, desaparecían bajo la mano vengadora del implacable Teodosio[8], los Misterios de Eleusis no pudieron ser suprimidos con tanta facilidad, porque, en realidad, constituían la religión de la Humanidad y brillaban con todo su antiguo y magnífico esplendor, aunque no con su primitiva pureza. Entonces fue cuando aparecieron en escena, por primera vez, los "Constructores del Templo Superior" o del "Templo de la Ciudad", quienes trabajaron sin reposo con el objeto de introducir su dogma y ritual particular en la naciente Iglesia, siempre querellante y combativa. El Triple Sanctus de la misa de la Iglesia católica es el SSS de los masones primitivos, el prefijo moderno de sus documentos y de toda "plancha"[9] que comienza con las iniciales de *Salutem* o Salud. Un masón ha dicho secamente que: "Este triple saludo es el más antiguo de los saludos masónicos". (Ragón)

Capítulo XII
LA REPRESENTACIÓN DE BACO Y CERES

De acuerdo con todo lo escrito en capítulos anteriores, los injertos masónicos realizados en el árbol de las religiones no se limitan tan sólo a esto. Durante los Misterios de Eleusis el vino representaba a Baco y el pan o trigo[10] a Ceres. De modo que Ceres o Démeter representaba el principio productor y femenino de la tierra, la esposa del padre Éter o Zeus, y Baco, el hijo de Zeus-Júpiter, era su padre manifestado. En otras palabras, Ceres y Baco eran personificaciones de la sustancia y del espíritu de los dos principios vivificantes existentes en la naturaleza y en la Tierra. Antes de hacer la revelación final de los Misterios, el Hierofante presentaba simbólicamente a los candidatos el vino y el pan, que él comía y bebía para testimoniar que el espíritu tenía que vivificar a la materia, es decir, que la Sabiduría Divina del Yo Superior debía penetrar al Yo interno o alma, tomar posesión de ella, revelarse a sí misma.

Pues bien, la Iglesia cristiana adoptó este rito. El Hierofante, que entonces recibía el nombre de "Padre", se ha convertido, hoy en día —excepto en conocimiento—, en el sacerdote "Padre" que administra la misma comunión. Jesucristo se llama viña o vino a sí mismo y

califica de viñador al "Padre". Su parábola de la Última Cena demuestra que conocía perfectamente el significado simbólico del pan y del vino, así como su identificación con los *logoi* de los antiguos. "El que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna..." Y añade: "... las palabras (*rhemata* o palabras secretas) que os digo son Espíritu y Vida" y lo son porque "el Espíritu es el que vivifica". Estas *rhemata* de Jesús son, en verdad, las palabras secretas de *un iniciado*.

Pero entre este noble rito, tan antiguo como el simbolismo, y su última interpretación antropomórfica conocida en la actualidad con el nombre de transubstanciación, media un enorme abismo de sofismas eclesiásticos. Cuánta fuerza tiene la exclamación "¡Desgraciados de vosotros, hombres de Ley!" porque *han rechazado la clave del conocimiento* (y no permitan siquiera que la *gnosis* sea dada a los demás), a lo cual añado que jamás pudieron aplicarse con mayor propiedad estas palabras que en nuestros días. Sí, ustedes no "dejáis que la *gnosis* penetre en vosotros; habéis impedido que la alcancen quienes la deseaban", y siguen impidiéndolo.

Pero este vituperio no recae sólo en los sacerdotes modernos, pues los Masones, descendientes o sucesores de los "Constructores del Templo Superior" existente en tiempos de los Misterios y que deberían tener mejor conocimiento, hacen escarnio y se burlan de sus hermanos que recuerdan su verdadero origen.

Podríamos citar a muchos grandes sabios y cabalistas modernos pertenecientes a la Masonería, cuyos estudios son mirados con verdadera indiferencia por sus hermanos. Es la historia de siempre.

Hasta el mismo Ragón, el más erudito de los masones actuales, se lamente en los siguientes términos:

> Todos los antiguos relatos demuestran que las iniciaciones se realizaban en la antigüedad con un imponente ceremonial que se ha hecho memorable para siempre debido a las grandes verdades que divulgaron y al conocimiento resultante de las mismas. *Y a pesar de esto, algunos masones modernos que pasan por pseudo sabios* califican de charlatán a todo aquel que, por ventura suya, recuerda las antiguas ceremonias y quiere explicárselas". (*Curso Filosófico*)

Capítulo XIII
LAS LETANÍAS DE LA VIRGEN MARÍA

VANITAS VANITATUM: No hay nada nuevo bajo el sol. Las *Letanías de la Virgen María* demuestran la verdad de las palabras de Salomón. El Papa Gregorio I estableció la adoración de la Virgen María y el Concilio de Calcedonia la proclamó Madre de Dios. El autor de las letanías no tuvo miedo (quizá por su falta de talento) de embellecerlas con títulos y adjetivos paganos, como se demostrará a continuación.

No hay ni un solo símbolo, ni una sola metáfora en estas famosas letanías que no pertenezca a una multitud de diosas, todas ellas reinas, vírgenes o madres. Estos tres títulos se aplican a Isis, Rea, Cibeles, Diana, Lucifera, Luciná, Luno, Tellus, Latona, Triformis, Proserpina, Hécate, Juno, Vesta, Ceres, Leucotea, Astarté, la celeste Venus y Urania, Alma Venus, etcétera.

Análogamente al significado primitivo de la Trinidad (significado esotérico, es decir, Padre, Madre e Hijo), encontramos la Trimurti occidental (Dios de tres caras) que, en el Panteón Masónico se representa por medio del "Sol, la Luna y el Venerable", trinidad que es una ligera alteración de la constituida por el Norte o fuego germánico, el Sol y la Luna.

Tal vez fue el conocimiento íntimo de esto lo que indujo al Maestro Ragón a escribir la siguiente profesión de fe: "Tengo para mí que el Hijo es idéntico a Horus, el hijo de Osiris y de Isis; es decir, el Sol que salva todos los años al mundo de la esterilidad y a todas las razas de la muerte universal".

Después, continúa hablando de él, de las letanías de la Virgen María, de los templos, fiestas, misas y servicios de la Iglesia, peregrinaciones, oratorios jacobinos, franciscanos, vestales, prodigios, exvotos, nichos, estatuas, etcétera.

El famoso hebraísta De Malville, traductor de la literatura rabínica, observa que los judíos dan a la Luna todos los nombres que se encuentran en las *Letanías...*, los cuales son utilizados para glorificar a la Virgen. Este autor encuentra en las Letanías de Jesús todos los atributos de Osiris —el Sol eterno— y de Horus —el Sol anual—. Y lo demuestra así:

> *Mater Christi* es la madre del "Redentor" de los antiguos masones, o sea del *Sol*. Los *hoy polloi* egipcios pretendían que el Niño, o símbolo de la gran estrella central (Horus), era el Sol de Osiris e Isis, cuyas almas habían pasado a animar después de la muerte al Sol y a la Luna. Los fenicios dieron a Isis el nombre de Astarté, nombre con el que adoraban a la Luna, a la cual personificaban como una mujer adornada con cuernos que simbolizaban el cuarto creciente lunar.

Ahora bien, cuando en el equinoccio de otoño el esposo de Astarté (el Sol) era vencido por el Príncipe de las Tinieblas y descendía a los infiernos, los fenicios representaban a la diosa llorando por la pérdida del esposo que era, al mismo tiempo, su hijo, como también llora

Isis por la de su esposo, hermano e hijo (Osiris-Horus). Astarté sostiene en la mano una varita cruciforme, una cruz regular, y pisa, llorosa, el cuarto creciente lunar. La Virgen María suele ser representada en la misma actitud: de pie sobre la luna nueva, rodeada de estrellas y llorando a su hijo: *Justa crucen lacrymosa dum pendebat fitius* (véase *Stabat Mater Dolorosa*). ¿No es acaso la Virgen la sucesora de Isis y de Astarté?, se pregunta el autor.

Basta con escuchar las *Letanías de la Virgen* recitadas en la Iglesia católico-romana para percatarse de que no se hace otra cosa que repetir los encantamientos dirigidos a la diosa Adonaia (Venus), la cual fue madre de Adonis, el dios solar de tantas naciones; a Milita (la Venus asiria), diosa de la Naturaleza; a Alilat, simbolizada por los árabes con dos cuernos lunares; a Selene, mujer y hermana de Helios, el Sol dios de los griegos; o a la *Magna Mater... honestissima, purissima, castissima* Madre Universal de todos los seres, porque es la Madre Naturaleza.

María es, sin duda alguna, la Isis Miriónimos, la Diosa Madre de los diez mil nombres. Y así como el Sol, que era Febo en los cielos, se convertía en Apolo en la Tierra y en Plutón en las regiones inferiores (después de ocultarse el astro rey). Así también la Luna, que era Feba en los cielos y Diana en la Tierra (Gaya, Latona, Ceres), se transformaba en Hécate y Proserpina al llegar al Hades. Por eso no ha de extrañarnos que María sea llamada *regina virginum*, "Reina de las vírgenes" y *Casttissima*, si hasta las oraciones que se le ofrecen a la sexta hora de la mañana y de la tarde están copiadas de las que expresaban los gentiles (paganos) en las mismas horas en honor de Feba y de Hécate. Es sabido que el verso "Stella Matutina" de

las Letanías de la Virgen es una copia fiel del que se encuentra en las Letanías de las Triformis paganas.

El Concilio condenó a Nestorio por haber sido el que, por primera vez, dio a María el nombre de "Madre de Dios", *Mater Dei*.

Más adelante, en esta obra haremos otra referencia a estas famosas Letanías de la Virgen y demostraremos a satisfacción cuál es su origen. Tomaremos nuestras pruebas de los clásicos y modernos a medida que avancemos, y completaremos la cuestión con los anales de las religiones existentes en la doctrina esotérica. Mientras tanto, podemos añadir algunas ideas y dar la etimología de los términos más sagrados del ritual eclesiástico.

Capítulo XIV
LOS CONSTRUCTORES DEL TEMPLO SUPERIOR

Ahora prestemos unos momentos de atención, Asambleas "Constructores del Templo Superior" existentes en los primeros tiempos del cristianismo. Ragón ha demostrado plenamente el origen de los términos siguientes:

a) La palabra "Misa" se deriva de la latina *Messis* (cosecha, la siega, las mieses y frutos recogidos), de la cual viene a su vez la palabra Mesías, el que hace las cosechas y mieses, es decir, el "Cristo-Sol".

b) La voz "logia", utilizada por los Masones, endebles sucesores de los Iniciados, tiene como raíz a *loga* (*loka*, en sánscrito), que significa una localidad y un mundo, y a la palabra griega *logos*, el verbo, el discurso, cuyo significado total es un lugar en el que se discuten ciertas cosas.

c) Las reuniones de los *logos* de los Masones primitivos terminaron por recibir el nombre de *synaxis*, "asambleas" de Hermanos, cuyos objetivos eran orar y celebrar la Cena, y donde sólo se utilizaban ofrendas no manchadas de sangre, como frutos y cereales. Poco después, estas ofrendas recibieron la denominación de *hostiaem*, u hostias puras y sagradas, en contraste con los sacrificios impuros (como los prisioneros de guerra, *hostes*, o rehenes) y porque las ofrendas consistían en frutos de la cosecha,

las primicias de las *messis*. Y puesto que no hay ningún clérigo de la Iglesia que mencione, como lo habrán hecho ciertos sabios, que la palabra "misa" proviene de la hebrea *Missah* (*oblatum*, oblación, ofrenda), esta explicación es tan buena como la otra. (Léase la investigación relativa a *Missah* y *Mizda* expuesta en *Los Gnósticos*, de King.)

Ahora bien, la palabra *synaxis* tenía entre los griegos su equivalente en la voz *agyrmos* (reunión de hombres, asamblea), la cual estaba vinculada con la iniciación en los Misterios. Las dos palabras, *synaxis* y *agyrmos*[11] cayeron en desuso, conservándose en cambio el término *missa*.

Los teólogos, deseosos de velar por la etimología del término "Mesías" (*Messiah*) dirán que se deriva de la palabra latina *Missus* (mensajero, el Enviado), pero, en tal caso, también podría aplicarse esta palabra al Sol, que es el mensajero anual, enviado para aportar una nueva vida a la Tierra y a su producción. La palabra hebrea Mesías, o *Masiah* (el ungido, de *mashak*, ungir), difícilmente podría aplicarse en el sentido eclesiástico, ni justificarse su empleo como auténtico, como tampoco puede defenderse que la palabra latina *Missah* (misa) se derive de la voz latina *míttere*, *missum*, "enviar". Y como el servicio de la comunión, corazón y alma de la misa, se basa en la consagración y oblación de la hostia (sacrificio), la cual consiste en un pan ácimo (pan delgado como una hoja) que representa el cuerpo de Cristo en la Eucaristía, ese pan de flor de harina es un desarrollo directo de la cosecha u ofrenda de cereales.

Podemos agregar que las misas primitivas no eran sino cenas o comidas sencillas de los romanos donde "ellos

hacían abluciones", eran ungidos y llevaban un vestido *senatory*. Estas misas fueron consagradas con el tiempo a la memoria de la Última Cena del Cristo.

En tiempos de los apóstoles, los judíos conversos se reunían en sus *synaxis* para leer los evangelios y la correspondencia (epístolas). San Justino establece, en el año 150 de nuestra era, que estas solemnes asambleas se celebraban el día llamado *sun* (el día del Señor, en latín *dies magnus*). En esos días, se entonaban salmos, se hacía la "colación" del bautismo con agua pura y el ágape de la Santa Cena con "agua y vino".

Ahora nos preguntamos: ¿Qué tiene que ver esta híbrida combinación de comidas romanas y paganas erigida en misterio sacro por los inventores de los dogmas eclesiásticos, con el *Messiah* hebreo, "el que debe descender al abismo" (o Hades), o con *Messias* (que es su traducción griega)? Nork ha demostrado que Jesús *nunca fue ungido como Gran Sacerdote, ni como rey* y, por este motivo, su nombre de *Messías* no puede derivarse de la palabra hebrea equivalente, mucho menos cuando la voz "ungido" o "frotado con óleo", término homérico, es *Chis* y *Chrio*, cuyas dos palabras significan ungir el cuerpo con aceite[12].

Las palabras del siguiente párrafo, expresadas por un Masón de grado elevado, el autor de la *Source des Mesures*, resuelven este embrollo secular en unas cuantas líneas:

> El hecho es que existen dos mesías: uno de ellos, que desciende por propia voluntad al abismo con objeto de salvar al mundo,[13] es el Sol despojado de sus dorados rayos y coronado con rayos, negros como espinas (con lo que quiere simbolizarse su pérdida);

el otro, es el Mesías triunfante que ha llegado a la cima del arco celeste y se personifica por el León de la Tribu de Judá. En los dos casos, el Mesías tiene una cruz.

Cuando se celebraban las *Ambarvales*, fiestas realizadas en honor de Ceres, el *Arval* o ayudante del Gran Sacerdote, vestido con un traje de inmaculada blancura, colocaba sobre la *hostia* (o sea, sobre las ofrendas del sacrificio) un pastel de trigo, agua y vino; cataba este último de las libaciones y lo daba a probar a los demás. Entonces, el Gran Sacerdote elevaba la *oblación* (u ofrenda), la cual simbolizaba los tres reinos de la naturaleza: el pastel de trigo (el reino vegetal), el vaso del sacrificio o cáliz (el reino mineral) y el *pall* (la banda) del Hierofante, cuya extremidad descansaba sobre la copa que contenía el vino de la oblación. Esta banda se fabricaba con lana pura y blanca de vellocino de cordero.

Los sacerdotes modernos repiten los actos del culto pagano, gesto por gesto. Elevan y ofrecen el pan para la consagración, bendicen el agua que ha de verterse en el cáliz, vierten encima el vino, inciensan el altar, etcétera, y cuando regresan a éste, se lavan los dedos y dicen: "Yo me lavaré las manos entre los justos y daré la vuelta a tu altar". Y hacen esto porque el sacerdote pagano obraba de la misma manera, decía: "Me lavo las manos (con agua lustral) entre los justos (los hermanos completamente iniciados) y doy la vuelta a tu altar, ¡oh, Gran Diosa (Ceres)!"

El Sumo Sacerdote daba vueltas alrededor del altar, llevando las ofrendas y elevando por encima de su cabeza el cáliz, cubierto con la extremidad de su faja fabrica-

da con lana de cordero, blanca como la nieve. La vestidura consagrada, llevada por el Papa, el *pallium*, tiene forma de faja y banda y se fabrica con lana blanca bordada con cruces de color de púrpura. Los sacerdotes de la Iglesia griega tapan el cáliz con la extremidad de la banda que llevan puesta sobre los hombros.

Los Sumos Sacerdotes de la antigüedad repetían tres veces, durante el servicio divino, su *O Redemptor Mundi*, en honor de Apolo, el Sol, su *Mater Salvatoris* en honor de Ceres, la Tierra; su *Virgo Paritura*, en el de la diosa Virgen, etcétera, y pronunciaban siete conmemoraciones ternarias (¡oh, masones, presten atención!). El número ternario, tan reverenciado en la antigüedad como en nuestros días, se pronuncia siete veces durante la Misa, es decir, que se proclaman tres *Introibo*, tres *Kyrie Eleison* y tres *Dominus vobiscum*, cuyas series parecen verdaderas series masónicas. Y si añadimos a las mismas los tres *et cum spiritu tuo*, completaremos las siete conmemoraciones triples de la misa cristiana.

Paganismo, Masonería y Teología, tal es la trinidad histórica que gobierna al mundo *subrosa*.

Podemos concluir esta obra con un saludo masónico, diciendo: "Ilustre dignatario de Hiram Abif, Iniciado e "Hijo de la Viuda", el reino de las tinieblas desaparece rápidamente, pero todavía existen regiones que los sabios no han explorado y que son tan sombrías como la noche de Egipto". "*Fratres sobrii estote et Vigilate*".

NOTAS

1. De *pro*, "delante" y *fanum*, "el templo"; es decir, los que no están iniciados, los que se encuentran ante el templo sin atreverse a entrar.

2. La Tierra y la Luna, su pariente, son similares. Por eso todas las diosas lunares eran también símbolos representativos de la Tierra. (Véase "Simbolismo" de La Doctrina Secreta).

3. Se comete un doble error cuando se dice que Juan el Evangelista no llegó a ser el Santo Patrón de la Francmasonería hasta después del siglo XVI. Existe una gran diferencia entre Juan el "Adivino", el "Vidente", autor de la Revelación, y el Juan Evangelista, al cual se representa, actualmente, acompañado de un águila, puesto que este último Juan es, como el cuarto evangelio, una creación de Ireneo. Tanto el uno como el otro fueron el resultado de la disputa del Obispo de Lyon con los gnósticos, y nadie podrá decir jamás quién fue el autor real del más hermoso de los evangelios. Lo único que sabemos con certeza es que el águila es la propiedad legal de Juan, el autor del *Apocalipsis*, cuyo origen se remonta a los siglos anteriores a Jesucristo, habiendo sido reeditado al recibir la hospitalidad canónica. Este Joan o Johannes era

el patrón aceptado por todos los gnósticos griegos y egipcios (que fueron los primeros constructores y masones del Templo de Salomón, como ya antes lo habían sido de las pirámides). Su atributo, el águila —que es el más arcaico de los símbolos— era el *Ah*, el ave de Zeus, que todos los pueblos antiguos consagraron al Sol. Incluso entre los mismos judíos fue adoptado por los cabalistas iniciados como símbolo del *Sephirad Tiph-ereth*, el Éter espiritual o aire, tal como lo dice Myers en la *Kabbalah*.

Entre los druidas, el águila era el símbolo de la Divinidad suprema, relacionándose también una parte del símbolo con los Querubines.

Adoptada por los gnósticos precristianos, podía verse al pie del Tau egipcio antes de que hubiera sido colocada en el grado de Rosacruz al pie de la cruz cristiana.

El ave del Sol, el Águila, va esencialmente unida a todo dios solar, y es el símbolo del vidente que mira en la luz astral y ve en ella la sombra del pasado, del presente y del futuro con tanta facilidad como el águila mira al Sol.

4. Término masónico, símbolo del arca de Noé, de la Alianza del Templo de Salomón, del tabernáculo y del campamento de los israelitas, los cuales fueron construidos en forma de "cuadrado oblongo". Los romanos y griegos representaban a Mercurio y a Apolo por cubos y cuadrados oblongos, y lo mismo ocurre con la *Kaaba*, el gran templo de la Meca.

5. Cicerón dice en su *De Nat. Deorum, libro I: "Omito Eleusinem sanctam illam et augustam ubi initiatur gentes ororum ultime"* ("Y omito aquella santa y augusta religión eleusina en la que son iniciadas gentes de las tierras más distintas y lejanas").

6. La región oscura de la cripta en la cual se suponía que el candidato a la iniciación abandonaba para siempre sus malas pasiones y perversos deseos. De esta idea derivan todas las alegorías contenidas en las obras de Homero, Ovidio, Virgilio, etc., tomadas al pie de la letra por nuestros sabios.

El Flegeton era el río del Tártaro, en donde el Hierofante sumergía tres veces al iniciado, después de lo cual se daban por terminadas las pruebas. Entonces se consideraba que el hombre había vuelto a nacer, había dejado para siempre en la sombría corriente al antiguo pecador y, cuando al tercer día salía del Tártaro, era sólo *individualidad* porque la *personalidad* había muerto.

Cada alegoría, como por ejemplo las de Ixión, Tántalo, Sísifo, etcétera, es la personificación de una pasión humana.

7. Se puede afirmar que más lejos todavía, es decir, a India, Asia Central, ya que encontramos rastros de su influencia en todas las regiones asiáticas.

8. El asesino de los tesalónicos, que fueron muertos por orden de este piadoso hijo de la Iglesia.

9. "Plancha" es el término masónico para designar el trabajo escrito.

10. Baco es, sin duda alguna, de origen hindú. Pausanias cuenta que Baco fue el primero en conducir una expedición contra India y colocar un puente sobre el río Éufrates. "Aún hoy en día se muestra el cable que servía para unir las dos riberas opuestas —nos dice un historiador—, está tejido con cepas de viña y ramas de hiedra" XXXIV, 4). Ariano y Quinto Curcio explicaban la alegoría de Baco surgido de la pierna de Zeus, diciendo que

había nacido en el Monte Meru. Todos sabemos que Eratóstenes y Estrabón creían que el Baco hindú había sido inventado por los cortesanos de Alejandro con el único fin de halagar a su soberano, pues éste se complacía pesando que, como Baco, había conquistado India. Pero Cicerón afirma que este dios era hijo de Tione y de Nisos. Dionisos significa el Dios, *Dis*, del monte *Nys*, existente en India.

El Baco coronado de hiedra, o *Kissos*, no es otro que Krishna, uno de cuyos nombres era *Kissen*. Dionisos era, sobre todo, el Dios que liberaba a las almas de los hombres de su prisión carnal, la cual es el Hades o Tártaro humano, en uno de sus sentidos simbólicos. Cicerón llama a Orfeo "un hijo de Baco", y aquí encontramos una tradición que no sólo representa a Orfeo como venido de India (se decía que era moreno y de tez atezada), sino que, además, lo identifica con Arjuna, el hijo adoptivo de Krishna. (Véase *Cinco Años de Teosofía*).

11. Hesiquío da el nombre de *agyrmnos* al primer día de la iniciación en los Misterios de Ceres, diosa de las mieses, y habla también de él bajo el nombre de *synaxis*. Antes de que los cristianos aceptaran la palabra misa, denominaron a esta ceremonia y a la celebración de sus misterios *synaxis*, palabra compuesta de *sun* (con) y *ago* (yo conduzco), de donde viene la voz griega *synaxis* o asamblea.

12.Véase el *Lucifer* de 1887: *The Esoteric Meaning of the Gospels*, o sea, El Significado Esotérico de los Evangelios.

13. Desde tiempo inmemorial, tanto en la antigüedad como en nuestros días, todo iniciado pronuncia, antes de entrar en la prueba suprema de las iniciaciones, las si-

guientes palabras sacramentales: "Y juro dar mi vida por la salvación de mis hermanos que constituyen el conjunto de la humanidad, si semejante cosa se me pidiera, así como morir en defensa de la Verdad".

Ocultismo práctico

IMPORTANTE PARA LOS ESTUDIANTES

Hay muchos que ansían instrucciones prácticas de Ocultismo, y, por lo tanto, es necesario dejar sentado de una vez y para siempre:

1. La especial diferencia entre el Ocultismo teórico o Teosofía y el Ocultismo práctico o Ciencias Ocultas.
2. La índole de las dificultades que entraña el estudio del Ocultismo práctico.

Es muy fácil ser teósofo, pues puede serlo cualquiera de medianas facultades intelectuales, aficionado a la metafísica, de conducta pura y sin egoísmo, que goza lo mismo al prestar que en recibir auxilio, que siempre está dispuesto a privarse de su gusto en bien de los demás y sea amante de la verdad, la bondad y la sabiduría en sí mismas y no por el provecho que prometan allegar.

Pero es muy distinto entrar en el sendero que conduce al conocimiento de lo que debe hacerse, discerniendo acertadamente entre el bien y el mal, y también conduce al hombre al punto en que le es posible hacer cuanto bien desea, sin ni siquiera a veces levantar en apariencia un dedo de la mano.

Además, hay un importante hecho que le conviene conocer al estudiante, y es la enorme y casi ilimitada responsabilidad asumida por el instructor en beneficio del discípulo. Desde los gurús orientales hasta los pocos cabalistas de países occidentales que enseñan los rudimentos de la ciencia sagrada, ignorantes muchas veces del riesgo a que se exponen, todos los instructores están sujetos a la misma ley inviolable. En cuanto empiezan a enseñar *de veras* y confieren tal o cual *poder* o *facultad* a sus discípulos, sea de índole física, psíquica o mental, cargan sobre sus hombros *todos* los pecados del discípulo, ya de omisión, ya de comisión, que se refieren a las ciencias ocultas, hasta el momento en que el discípulo llega a Maestro, y es directamente responsable. Hay una mística y fatal ley religiosa que reverencian y observan los cristianos de la Iglesia griega, que tienen medio olvidada los de la romana, y está absolutamente abolida entre los protestantes.

Data de los primeros días del Cristianismo, y es símbolo y expresión de aquella otra ley oculta a que antes nos referimos acerca de las relaciones entre Maestro y discípulo. Consiste en que el padrino y la madrina de la criatura en las fuentes bautismales contraen parentesco espiritual entre sí y con su ahijado[1]. Los padrinos toman tácitamente sobre sí todos los pecados del ahijado[2] hasta que éste tiene uso de razón para conocer el bien y el mal y es responsable de sus actos. Esto explica por qué los Maestros son tan escrupulosos y por qué a los discípulos se les exigen siete años de prueba para demostrar su aptitud y adquirir las cualidades requeridas por la seguridad de ambos.

El Ocultismo no es magia. Resulta *relativamente* más

fácil aprender las artimañas del hechizo y los procedimientos para valerse de las sutiles pero todavía materiales fuerzas de la naturaleza física, porque tiempo después se despiertan las potencias del alma animal del hombre y pronto se desarrollan las energías actualizadas por su amor, su odio y sus pasiones. Pero esto es magia negra o *hechicería*, pues *únicamente* del motivo depende que el ejercicio de una facultad sea maligno y negra magia o bien magia blanca y provechoso. Cuando en el actuante queda la más leve huella de egoísmo, no es posible utilizar las energías *espirituales*, porque la intención no es absolutamente sincera, y la energía espiritual se transmutará en psíquica, obrando en el plano astral con tal vez funestos resultados.

Las potencias y energías de la naturaleza animal, lo mismo puede utilizarlas el egoísta y vengativo que el abnegado e indulgente. Las potencias y energías del espíritu sólo cederán al manejo de quien tenga perfectamente puro el corazón. Esto es *magia divina*.

Así pues, ¿qué condiciones se requieren para ser estudiante de la *Sabiduría Divina*? Porque conviene advertir que no es posible instrucción alguna sobre este punto a menos que durante los años de estudio se satisfagan y se cumplan rigurosamente determinadas condiciones. Éste es un requisito indispensable y *sine qua non*. Nadie sabrá nadar si no se arriesga en aguas profundas. Ningún ave puede volar antes que le crezcan las alas y disponga de espacio para moverlas y de valor para lanzarse al aire. Quien quiera manejar una espada de dos filos debe saber esgrimir a la perfección el florete para no herirse o, lo que es peor, dañar a otros al primer intento. Todo instruc-

tor oriental posee "reglas privadas" con el objeto de facilitar con toda seguridad el estudio de la Sabiduría Divina, y esto dará idea aproximada de las condiciones en que se ha de proseguir dicho estudio, para que la magia divina no se invierta en magia negra. Los pasajes siguientes están escogidos de entre gran número de ellos y se continúa su explicación entre paréntesis:

1. El lugar elegido para recibir instrucción debe ser tal que no se distraiga la mente y esté lleno de objetos magnéticos de "estimuladora influencia". Entre otras cosas, han de estar reunidos en un círculo los cinco colores sagrados. El lugar debe hallarse libre de toda influencia maligna que se cierna en el ambiente. (El lugar ha de servir exclusivamente para la instrucción y apartado de propósito. Los "colores sagrados" son los matices del espectro, dispuestos en determinado orden, pues son muy magnéticos. Por "influencias malignas" se entiende toda perturbación, disputa, altercado, malos sentimientos, etcétera, que se imprimen inmediatamente en la luz astral, esto es, en la atmósfera del lugar y se difunden "por el aire". Esta primera condición parece a primera vista muy fácil de cumplir, pero bien considerada resulta una de las más difíciles de obtener.)

2. Antes de que se le permita al discípulo estudiar "cara a cara", ha de adquirir conocimientos preliminares en una selecta compañía de otros discípulos legos (*upasakqs*), cuyo número necesariamente debe ser impar. ("Cara a cara" significa en este caso un estudio independiente o separado de los demás; cuando el discípulo adquiere la instrucción *cara a cara* de sí mismo (su divino

YO superior) o de su gurú, entonces recibe cada cual *su debida información* según el uso que haya hecho del conocimiento recibido. Esto sólo puede acaecer al término del ciclo de instrucción.)

3. Antes que tú (el instructor) comuniques a tu *lanú* (discípulo) las buenas (santas) palabras del Lamrin, o le permitas "disponerse" para *Dubjed*, debes tener cuidado de que su mente esté por completo purificada y en paz con todos, en especial *con sus otros Yoes*. De lo contrario las palabras de Sabiduría y de la buena Ley se dispersarán arrastradas por los vientos. (Lamrin es un tratado de instrucciones prácticas escrito por Tson-Kha-Pa. Consta de dos partes: una, con fines eclesiásticos y exotéricos, y otra para uso esotérico. "Disponer" para Dubjed es preparar los objetos usados en la videncia, como espejos y cristales. Los "otros Yoes" se refieren a los condiscípulos. A menos que entre los estudiantes reine la mayor armonía, no será posible el éxito. El instructor ha de hacer la selección según las naturalezas magnéticas y eléctricas de los estudiantes, aproximando y ajustando con sumo cuidado los elementos positivo y negativo.)

4. Durante el estudio, los *upasakas* deben mantenerse unidos como los dedos de la mano. Les enseñarás que todo cuanto perjudique a uno ha de perjudicar a los demás, y si lo que uno alegue no encuentra eco en el pecho de los demás, denotará que faltan las requeridas condiciones y será inútil seguir adelante. (Difícilmente sucederá esto si la elección preliminar se hizo con los requisitos magnéticos. De otro modo, los discípulos, aunque parezcan aptos para recibir la verdad, habrán de esperar muchos años, a causa de su temperamento y de la

imposibilidad que experimentan de ponerse en armonía con sus compañeros.)

5. El gurú debe armonizar a los condiscípulos como si fueran cuerdas de un laúd (vina), que, aunque cada una es distinta de las demás, emiten sonidos concertados. Colectivamente constituyen un teclado que responde en todas sus partes al más ligero toque (el toque del Maestro). Así sus mentes se abrirán a las armonías de la Sabiduría, vibrando en modulaciones de conocimiento en todas y en cada una de ellas, con efectos placenteros para los dioses que presiden (ángeles tutelares o custodios) y provecho para el discípulo. También así quedará la Sabiduría impresa por siempre en sus corazones, sin que jamás se quebrante la armonía de la ley.

6. Quienes deseen adquirir el conocimiento que conduce a los *siddhis* (poderes ocultos) han de renunciar a todas las vanidades del mundo y de la vida. (Aquí sigue la enumeración de los *siddhis*.)

7. Nadie puede continuar siendo *upasaka* si se cree diferente de sus condiscípulos y superior a ellos diciendo: "Soy el más sabio", "Soy el más santo y más grato al Maestro o a mi comunidad que mi hermano", etcétera. Los pensamientos del *upasaka* han de estar predominantemente fijos sobre su corazón, eliminando de él todo pensamiento hostil a cualquier ser viviente y llenándolo del sentimiento de su unidad con los demás seres y con todo cuanto en la naturaleza existe. De lo contrario, no es posible el éxito.

8) Un *lanú* (discípulo) sólo ha de rehuir las influencias externas (las emanaciones magnéticas de las criaturas vivientes). Por lo tanto, aunque en unidad con todo en su

interna naturaleza, ha de tener cuidado de apartar su cuerpo externo de toda influencia extraña. Nadie sino él ha de comer en su plato y beber en su vaso. Debe evitar el contacto corporal (esto es, tocar o que lo toquen) con seres humanos o con animales. (Ni siquiera se permite tener animales domésticos, como perros, gatos, canarios, etcétera, ni tampoco tocar ciertos árboles y plantas. El discípulo ha de vivir, por decirlo así, en su propia atmósfera, a fin de individualizarla con propósitos ocultistas.)

9. La mente debe permanecer embotada para todo menos para las verdades universales de la naturaleza, so pena de que la "Doctrina del Corazón" se reduzca a la escueta "Doctrina del Ojo" (esto es, el vano ritualismo exotérico).

10. El discípulo no debe tomar alimentos de índole animal, ni nada que tenga vida. Tampoco ha de beber vino ni licores, ni usar opio, pues todas estas cosas son como los espíritus malignos (*lhamayin*) que se aferran al incauto y devoran el entendimiento. (El vino y los licores conservan y contienen el siniestro magnetismo de cuantas personas contribuyen a elaborarlos. La carne conserva las características psíquicas del animal de que procede.)

11. Los medios más eficaces de adquirir conocimiento y disponerse a recibir la sabiduría superior son la meditación, la abstinencia, el cumplimiento de los deberes morales, los pensamientos apacibles, las palabras amables, las buenas acciones y la benevolencia hacia todo, con entero olvido de sí mismo.

12. Únicamente por la observancia de las reglas anteriores puede esperar el *lanú* la adquisición, a su debido

tiempo, de los *siddhis* de los *arhates*, cuyo desenvolvimiento lo conducirá gradualmente a la unidad con el Todo Universal.

Estos doce pasajes están entresacados de unas 73 reglas cuya enumeración resultaría inútil, porque ningún significado tendrían en nuestro contexto. Sin embargo, por pocos que sean, bastan para indicar las inmensas dificultades con que en su sendero ha de tropezar el aspirante a *upasaka*, nacido y educado en países occidentales.[3]

Todos los métodos de educación en Occidente, y más todavía en Inglaterra, se apoyan en el principio de emulación y porfía. A cada educando se le excita a aprender más rápidamente, adelantar a sus compañeros y excederlos en todo lo posible. Se cultiva de manera sidua la equivocadamente llamada "rivalidad amistosa", y este mismo espíritu se alimenta y vigoriza en todas las modalidades de la vida. Con tales ideas, inculcadas desde su niñez, ¿cómo puede relacionarse un occidental con sus discípulos "como lo están los dedos de la mano"? Además, aquellos condiscípulos no son de su propia elección o escogidos por él, no gozan de personal simpatía y estimación. Los escoge su instructor en muy distintos puntos, y quien desee ser estudiante debe tener primero la fortaleza suficiente para matar en su corazón todo sentimiento de aversión y antipatía hacia los demás. ¿Cómo pueden los occidentales ser capaces ni siquiera de intentar esto ardientemente?

Por otra parte, los pormenores de la conducta diaria y la prescripción de no tocar ni aun la mano de las personas más íntimas y queridas, ¡cuán opuestos son a las ideas occidentales sobre el afecto y los buenos sentimientos!

¡Cuán frío y duro parece todo ello! Habrá quien tilde de egoísmo el abstenerse de complacer al prójimo a fin de progresar uno mismo. A los que así opinen, dejémoslos que difieran hasta otra encarnación el intento de entrar fervorosamente en el sendero. Sin embargo, no consintamos que se jacten de su imaginario inegoísmo, pues en realidad les engañan las apariencias y convencionalismos basados sobre las emotivas efusiones de la llamada cortesía, que pertenecen a la vida ficticia y no a los dictados de la verdad.

Pero aun prescindiendo de estas dificultades, que cabe considerar como "externas", si bien no deja de ser grande su importancia, ¿cómo podrán los estudiantes occidentales encuadrarse en la requerida armonía? En Europa y América, la personalidad es tan vigorosa, que cuantos profesan las letras o las artes se envidian y aun se odian mutuamente. El odio y la envidia entre los de una misma profesión han llegado a ser proverbiales, y los hombres procuran lucrar a toda costa hasta el punto que los modales urbanos y la cortesía social no son más que una hipócrita máscara de los demonios del odio y de la envidia.

En Oriente, el espíritu de la inseparabilidad se le inculca a la niñez con tanta firmeza como en Occidente el espíritu de la rivalidad. Allí no se fomenta la ambición personal ni los sentimientos y deseos egoístas. Cuando el terreno es naturalmente fértil, se cultiva en debida forma, de suerte que el niño, al llegar a hombre, está acostumbrado vigorosa y potentemente a subordinar el Yo inferior al Yo superior. En Occidente predomina la creencia de que el principio guiador de la conducta es el gusto y

disgusto que inspiren los demás hombres y cosas, aunque no lleguen a convertir dicho principio en norma de vida ni traten de imponerlo a nadie.

Quienes se quejan de haber aprendido poco en la Sociedad Teosófica, fijen su atención en la siguiente sentencia tomada de un artículo publicado en la revista *Path*, de febrero de 1888: "En cada uno de los grados, la clave está en el *mismo aspirante*". No es "el temor de Dios" el principio de la Sabiduría, sino que el conocimiento del Yo es la *Sabiduría misma*. Al estudiante de Ocultismo que ya practica alguna de las reglas precedentes, se le representa, grande y verdadera, la respuesta del oráculo de Delfos a todos cuantos anhelaban oculta sabiduría, y que el sabio Sócrates repitió corroborándola varias veces: HOMBRE, CONÓCETE A TI MISMO.

EL OCULTISMO EN OPOSICIÓN A LAS ARTES OCULTAS

A menudo oí decir, pero nunca lo creí hasta ahora,
que hay quien por medio de poderosos encantos mágicos rinde
a su determinado propósito las leyes de la Naturaleza.

Milton

El periódico *Correspondencia* de mayo de 1888 insertó varias cartas que atestiguan la profunda emoción que causó en algunos ánimos nuestro trabajo publicado en abril del mismo año bajo el título de "Ocultismo práctico". Dichas cartas comprueban y refirman dos conclusiones lógicas, a saber:

1. Que muchos más hombres cultos y de buen entendimiento de los que pudieran figurarse los materialistas creen en el ocultismo y la magia.[4]
2. Que la mayoría de ellos (incluso muchos teósofos) no tienen claro el concepto de la índole del Ocultismo y lo confunden con las ciencias ocultas en general, sin exceptuar la magia negra.

Las ideas que se forjan de las facultades que el Ocultismo confiere al hombre y de los medios que han

de emplearse para adquirirlas son tan variadas como caprichosas. Algunos se figuran que para igualar a Zanoni sólo es necesario un maestro en el arte que enseñe el camino. Otros creen que para emular a Roger Bacon o al conde de Saint Germain no tienen más que atravesar el canal de Suez e ir a la India. Muchos toman por ideal a Margrave con su siempre renovada juventud y no cuidan del alma que se ha de entregar en cambio. No pocos confunden con el Ocultismo la hechicería, al estilo de la pitonisa de Endor, que "a través de la bostezante tierra evoca a los flácidos espectros desde la estigiana lobreguez a la luz del día" y los disputa por aparecidos adeptos.

La "magia ceremonial", según las reglas burlonamente expuestas por Eliphas Levi, es otro imaginario *alter ego* de la filosofía de los antiguos *arhates*. En resumen, los prismas en cuyo través miran el Ocultismo los filósofos cándidos, son tan variados y multicolores como cabe en la fantasía humana.

¿Se indignarán estos candidatos a la sabiduría y al poder si decimos la pura verdad? No solamente es útil, sino que ahora es ya necesario desengañarlos antes que sea demasiado tarde. La verdad sobre este punto puede declararse en pocas palabras: entre los centenares que en Occidente se llaman ocultistas, no hay ni media docena que tengan siquiera idea aproximada de la genuina naturaleza de la ciencia que tratan de dominar. Con pocas excepciones, están todos en pleno camino de la hechicería, pero dejémoslos restablecer algún tanto el orden en aquel caos que predomina en sus mentes, antes que protesten contra esta afirmación. Que conozcan primero la verdadera relación entre las ciencias ocultas y el

Ocultismo, así como la diferencia entre unas y otro, y entonces se indignarán si todavía creen estar en lo cierto. Entre tanto, digámosles que el Ocultismo difiere de la magia y demás ciencias ocultas, como el esplendente Sol difiere de un candil y como el inmutable e inmortal espíritu del hombre (reflejo del absoluto, infinito y desconocido TODO) difiere de la mortal arcilla del cuerpo humano.

En nuestra refinada civilización occidental, donde las lenguas modernas han ido evolucionando con la formación de palabras expresivas de nuevas ideas y pensamientos, no se sentía la necesidad de nuevos vocablos para expresar conceptos que tácitamente se tildaban de "supersticiones", pues toda nueva modalidad mental aparecía materializada en la fría atmósfera del egoísmo de Occidente y el incesante afán tras los dioses de este mundo. Dichos vocablos únicamente hubieran podido expresar ideas que a duras penas eran capaces de albergar en su mente los hombres cultos, para quienes la magia es sinónimo de prestidigitación. La hechicería equivalente a crasa ignorancia y el Ocultismo la triste reliquia de los desequilibrados filósofos medievales del fuego, como Jacobo Boehme y Saint Martin, expresiones todas que se consideran más que suficientes para abarcar el campo entero de un "dedal de costura".

Tanto la palabra magia como los términos hechicería u ocultismo se usan en Occidente en sentido despectivo y por lo general para designar las escorias residuales de los tiempos del oscurantismo y los perversos siglos del paganismo. Por lo tanto, no hay en nuestro idioma palabras que definan y maticen la diferencia entre las referidas faculta-

des anormales o entre las ciencias que conducen a su adquisición, con la exactitud y fijeza con que las definen y matizan los idiomas orientales, y sobre todo el sánscrito.

Si las autoridades reconocidas en la materia dan a las palabras "milagro" y "hechizo" el mismo significado, en cuanto les atribuyen la idea de operar prodigios quebrantando las leyes de la naturaleza (!), ¿qué significarán para quienes las oyen o pronuncian? El cristiano, no obstante "quebrantar las leyes de la naturaleza" al creer firmemente en *milagros*, porque dice que los obró Dios por medio de Moisés, desdeñará los hechizos o encantamientos de los magos del faraón o los atribuirá al demonio.

Nuestros piadosos enemigos relacionan al demonio con el Ocultismo, mientras que sus impíos adversarios, los infieles, se ríen de Moisés, de los magos y de los ocultistas, y se sonrojarían de prestar seria atención a semejantes "supersticiones". Todo esto ocurre por no haber palabras adecuadas para expresar la diferencia entre lo sublime y verdadero y lo absurdo y ridículo, ni señalarse los claroscuros límites que los separan. Lo absurdo y lo ridículo son las teológicas interpretaciones que hablan del "quebrantamiento de las leyes de la naturaleza" por el hombre, Dios o el demonio. Lo sublime y verdadero son los científicos milagros y encantamientos de Moisés y los magos, de *conformidad con las leyes naturales*. Tanto Moisés como los magos egipcios estaban versados en la sabiduría aprendida en los santuarios (que eran las academias y corporaciones científicas de aquellos días) y en el verdadero Ocultismo.

La palabra Ocultismo induce seguramente a error, tal como está traducida de la palabra compuesta *Gupta-*

Vidyâ, que significa "conocimiento secreto". Pero, ¿conocimiento de qué? Algunos términos sánscritos nos ayudarán a responder.

Entre otros muchos nombres de las diversas clases de ciencia esotérica que aparecen en los *Puranas* esotéricos, citaremos por más notables los cuatro siguientes:

1. *Yajña-Vidyâ*[5] es el conocimiento de las fuerzas ocultas de la naturaleza, puestas en acción por la práctica de ciertos ritos y ceremonias religiosas.
2. *Mahâvidyâ*, que significa "gran conocimiento". Es la magia de los cabalistas y del culto tántrico, aunque suele degenerar en hechicería de la peor especie.
3. *Guhya Vidyâ*, o conocimiento de las mismas fuerzas del sonido (éter) y, por lo tanto, de los mantras cantados en las oraciones y encantamientos, cuya eficacia depende del ritmo y la melodía. También se define diciendo que es una práctica mágica fundada en el conocimiento y correlación de las fuerzas de la naturaleza.
4. *Atma-Vidyâ*, que los orientalistas traducen literalmente por "Conocimiento del alma" o verdadera Sabiduría, pero que significa mucho más.

El *Atma-Vidyâ* es la única clase de Ocultismo a que debe aspirar todo prudente y sin egoísmo teósofo admirador de Luz en el Sendero. Las demás modalidades de Ocultismo son ramificaciones de las ciencias ocultas, esto es, artes basadas sobre el conocimiento de la última esencia de todas las cosas en los reinos de la naturaleza (mineral, vegetal y animal). Quien conoce esta última ciencia conoce también el reino material de la naturaleza, por

invisible que sea dicha esencia y por mucho que hasta ahora haya escapado a las investigaciones científicas.

La alquimia, astrología, fisiología oculta y quiromancia tienen su razón de ser en la naturaleza, y las ciencias que acaso por su inexactitud se llaman *exactas* en esta época de paradójicas filosofías han descubierto algunas de estas *artes*. Pero la clarividencia, simbolizada en la India por el "Ojo de Siva" y llamada en Japón "Visión infinita", no es el hipnotismo, ni el mesmerismo, ni se adquiere por medio de tales artes. Todas las demás modalidades del ocultismo pueden dominarse y obtener de ellas resultados buenos, malos o indiferentes, pero el *Atma-Vidyâ* no les da mucho valor, pues a todas incluye y aun a veces las utiliza con propósitos benéficos después de eliminar las escorias y tener cuidado de que no quede ni el menor elemento egoísta.

Expliquemos la cuestión. Toda persona puede estudiar cualesquiera de las mencionadas "artes ocultas" sin preparación especial, sin restringir demasiado su género de vida ni depurar gran cosa su moralidad, pero en este caso, el noventa por ciento de los estudiantes que se hayan distinguido en una razonable modalidad de magia se precipitan desaprensivamente en la negra.

¿Pero qué les importa? También los vudús y los dugpas comen, beben y se alborozan en las hecatombes de víctimas de sus infernales artes, y otro tanto, en diverso sentido, hacen los amables caballeros que practican la vivisección y los hipnotizadores diplomados por las Facultades de Medicina. La única diferencia entre ambos consiste en que los vudús y los dugpas son hechiceros *conscientes* y los *vivisectores* de la talla de Charcot y Richet son, *inconscientes*.

Pero como unos y otros han de cosechar los frutos de sus acciones en el arte negra, los practicantes occidentales no dejarán de obtener gozoso provecho aunque luego reciban su castigo porque el hipnotismo y la vivisección, tal como se practican en Occidente, son pura y simple hechicería, menos el conocimiento que poseen los vudús y dugpas, y que ningún Charcot ni Richet pueden adquirir en medio siglo de arduos estudios ni experimental observación. Por lo tanto, que se queden sin *Atma-Vidyiâ* o verdadero ocultismo quienes lo desdeñan para chapucear en la magia, consciente o no de su índole, y rechazan por demasiado rigurosas las reglas impuestas a los estudiantes. Dejémoslos que sean magos por cualquier medio, aunque durante las diez encarnaciones siguientes no pasen de vudús y dugpas.

Sin embargo, el interés del lector se concentrará probablemente, en quienes sienten atracción invencible hacia el Ocultismo, aunque todavía no hayan subyugado sus pasiones ni mucho menos sean verdaderamente sin egoísmo. ¿Cómo proceder con estos desgraciados a quienes así desgarran por la mitad fuerzas antagónicas? Porque demasiadas veces se ha dicho para que haya que repetirlo, y es cosa evidente para cualquier observador, que una vez despertado de veras en el corazón del hombre el anhelo por el Ocultismo, no le queda esperanza de paz ni lugar de descanso y consuelo en el mundo. Una incesante y roedora inquietud, que no puede apaciguar, lo empuja a las más desoladas y ásperas circunstancias de la vida. Su ánimo es demasiado pasional y egoísta para permitirle el paso por las Puertas de Oro, y no halla paz ni descanso en la vida ordinaria. Así pues, ¿ha de caer

inevitablemente en hechicería y magia negra y acumularse durante muchos años un karma terrible? ¿No hay otro camino?

Seguramente lo hay. No aspire a mayores cosas que las que se sienta capaz de cumplir. No eche sobre sus hombros una carga demasiado pesada. Aunque no llegue a ser un Mahatma, un Buda o un gran santo, si estudia la filosofía y la ciencia del alma podrá ser un modesto bienhechor de la humanidad, por más que carezca de facultades "sobrehumanas", pues los *siddhis* o facultades del *arhat* se reservan únicamente para los capaces de consagrar su vida al cumplimiento al pie de la *letra,* de los terribles sacrificios que su adquisición requiere. Ha de saber y recordar para siempre que el *verdadero Ocultismo* o *Teosofía* es la incondicional y absoluta renunciación de la personalidad en pensamiento y obra. Es *altruismo*, y quien lo practica queda enteramente escogido de entre las filas de los vivientes, tan luego como se entrega a la obra, porque "no vive para él sino para el mundo".

Mucho se le dispensa durante los primeros años de prueba; pero tan pronto como pasa a ser discípulo "aceptado" debe desvanecer su personalidad y convertirse *en una fuerza benéfica de la naturaleza.*

Desde entonces se abren a su paso dos caminos opuestos: ha de ascender trabajosamente, paso a paso, durante numerosas encarnaciones, sin intervalo devacánico, por la áurea escala que conduce al *arhatado*; o al dar el primer paso en falso, resbalará escala abajo, rodando hasta el fondo de la magia negra.

Todo esto se ignora o se ha olvidado enteramente en nuestros días. En efecto, quien sea capaz de observar la

silente evolución de las preliminares aspiraciones de los candidatos se dará cuenta que suelen preocuparles extrañas ideas.

Los hay cuyas facultades racionales torcieron influencias ajenas hasta el punto de figurarse que las pasiones animales pueden sublimarse y elevarse de modo que todo su ardor se dirija hacia adentro, a fin de mantenerlas encerradas en el pecho hasta que, en vez de estallar su energía, se invierta en dirección a lo alto con propósitos santos, es decir, *hasta que la fuerza colectiva de las pasionesreprimidas capacite al hombre para entrar en el verdadero santuario del alma y permanecer allí en presencia de su Maestro, del Yo superior.* A este fin no luchan con sus pasiones ni las matan, sino que mediante un violento esfuerzo de voluntad las reprimen y mantienen en jaque, dejando sus brasas en rescoldo.

Se someten gozosamente a la tortura del joven espartano que consentía que la zorra le devorase las entrañas antes que deshacerse de ella. ¡Oh, pobres ciegos visionarios! Sería esto lo mismo que si a una cuadrilla de deshollinadores, grasientos de su labor, se les encerrara en un santuario adornado de blanquísimos lienzos, y en vez de convertirlos con su contacto en un montón de sucios pingajos, se adueñaran del sagrado recinto y salieran de él tan inmaculados como los lienzos. De igual suerte cupiera imaginar que una docena de tejones encerrados en la pura atmósfera de un monasterio (*dgon-pa*) pudieran salir de él impregnados de los perfumes del incienso. ¡Extraña aberración de la mente humana! ¿Es posible que así sea? Discutámoslo.

En el santuario de nuestra alma, el "Maestro" es el "Yo superior", el divino Espíritu cuya conciencia deriva y se

funda en la Mente (por lo menos durante la vida mental del hombre), a la que llamamos *alma humana* o *alma personal* (pues el alma espiritual es vehículo del Espíritu). A su vez el alma personal está constituida en su aspecto superior por aspiraciones espirituales, voliciones y amor divino; en su aspecto inferior, por deseos animales y pasiones terrenas, comunicadas por su contacto con el cuerpo astral que es el asiento de todas ellas. Por lo tanto, el alma personal es el enlace o eslabón entre la naturaleza animal del hombre, que la razón procura dominar, y la naturaleza espiritual hacia la que aquella propende cuando logra ventaja en su lucha con la naturaleza animal. Esta última es la instintiva *alma animal*, madriguera de las pasiones que el imprudente entusiasmo arrulla en su pecho en vez de matar. ¿Cómo esperar que la cenagosa corriente de la cloaca animal se convierta en el cristalino manantial de las aguas de la vida? ¿A qué terreno neutral pueden relegarse las pasiones, sin que afecten al hombre? Las violentas pasiones de amor y lujuria se mantienen vivas en su cuna, es decir: en el alma animal porque tanto el aspecto superior como el inferior de la mente o *alma humana* rechazan a semejantes huéspedes, aunque no puedan evitar el rozarse con ellos como vecinos. El Yo superior o Espíritu es tan impermeable a los malos sentimientos como incapaz el agua de mezclarse con el aceite o cualquier otro líquido impuro y grasiento. El único lazo con el hombre y el Yo superior es la Mente, la única que puede contaminarse y está en incesante riesgo de que las adormecidas pasiones despierten en cualquier momento y la arrastren al abismo de la materialidad. ¿Cómo puede concertarse con la divina armonía del Yo

superior, si esta armonía está quebrantada por la presencia de las pasiones animales en el santuario?

¿Cómo es posible que la armonía prevalezca y triunfe, cuando la mente está contaminada y turbada por el torbellino de las pasiones y los terrenales deseos de los sentidos corporales y del hombre astral?

Porque el cuerpo astral no es compañero del Yo superior, sino del cuerpo terreno. Es el lazo entre el manas inferior y el cuerpo físico; el vehículo *de la vida transitoria, no de la inmortal.* Como sombra proyectada por el hombre, sigue servil y mecánicamente sus movimientos e impulsos, propendiendo, por lo tanto, a la materia, sin ascender jamás hacia el Espíritu. La unión con el Yo superior sólo puede cumplirse cuando anulada la fuerza de las pasiones, quedan trituradas y aniquiladas en la retorta de una inflexible voluntad, cuando no sólo han muerto las concupiscencias y ansias de la carne, sino que, muerta asimismo la personalidad, se invalida el cuerpo astral que refleja al hombre triunfante y no a la codiciosa y egoísta personalidad. Entonces el brillante Augoeides, el divino Yo, vibra en consciente armonía con los dos polos de la entidad humana: el hombre de purificada materia y la siempre pura alma espiritual. El hombre permanece en presencia y para siempre se une íntimamente con el Yo superior, con el Maestro, el Cristo de los gnósticos[6].

Así pues, ¿cómo le sería posible al hombre entrar por la angosta puerta "del Ocultismo", estando sus pensamientos cotidianos ligados a todas horas con las cosas terrenas, con deseo de poderío, concupiscencias, ambiciones y deberes que, si bien honrosos, no dejan de ser terrenos?

Aun el amor a la familia, el más puro y sin egoísmo de los afectos humanos, es un obstáculo para el *verdadero Ocultismo*. Porque si ponemos por ejemplo el santo amor maternal o el conyugal, aun en estos mismos sentimientos analizados a fondo y enteramente cernidos, encontraremos egoísmo personal en la madre y egoísmo dual en los cónyuges. ¿Qué madre no sacrificaría sin vacilar cien y mil vidas que tuviera por el hijo de sus entrañas? ¿Y qué amante marido no satisfaría los deseos de su amada esposa aun a costa de la dicha ajena?

Se nos dirá que esto es lo natural pero, aunque lo sea según el código de los afectos humanos, no lo es según el código del divino amor universal. Porque mientras el corazón palpite de amor tan sólo por unos cuantos seres, los más queridos e inmediatos, ¿cómo podrá el resto de la humanidad estar en nuestras almas? ¿Qué resto de amor y solicitud quedará en nosotros para profesarlo a la "gran huérfana"? ¿Y cómo se hará oír "la tenue y callada voz" en un alma enteramente ocupada en sus deudos predilectos? ¿Qué lugar se deja allí para las necesidades de la humanidad en conjunto, de modo que el corazón las sienta y responda a ellas fácilmente? Con todo, quien aspire a aprovecharse de la sabiduría de la mente universal, ha de lograrlo mediante la humanidad entera sin distinción de raza, temperamento, creencia, ni condición social. Sólo el altruismo, no el egoísmo, ni aun en su más noble y legítimo concepto, puede conducir al hombre a identificar su Yo individual con el Yo universal. El verdadero discípulo del verdadero Ocultismo ha de consagrarse a la obra de satisfacer las necesidades de la humanidad si quiere adquirir la *Theo-Sophia* o Sabiduría divina y Conocimiento.

El aspirante ha de escoger absolutamente entre la vida del mundo y la del Ocultismo. Inútil y vano intento es conciliarlas, porque nadie puede servir a dos señores y complacer a ambos. Nadie puede servir a su cuerpo y a su Yo superior, ni cumplir los deberes de familia, al mismo tiempo que los de la humanidad entera, sin privar a una o a otra de sus derechos; porque si presta oídos a la "tenue y callada voz" no podrá escuchar el clamor de sus pequeñuelos, o si atiende a las necesidades de éstos, quedará sordo a la voz de la humanidad. El casado que intentase seguir el *verdadero Ocultismo* práctico en vez de la *filosofía teórica* habría de sostener una incesante y desatentada lucha, porque continuamente vacilaría entre la voz del impersonal divino amor a la humanidad y la del amor personal y terreno, lo cual sólo podría conducirlo al fracaso en uno u otro o tal vez en ambos deberes.

No sería esto lo peor, pues *quienquiera que después de haberse comprometido en el Ocultismo, ceda al halago de un amor*, experimentará por casi inmediata consecuencia, el verse irresistiblemente atraído del divino estado impersonal al inferior plano de materia.

El deleite sensual, inclusive sólo de pensamiento, entraña la inmediata pérdida del discernimiento espiritual. La voz del Maestro no podrá distinguirse entre la de las pasiones, como tampoco se distinguirá la de un *dugpa*, porque en semejantes circunstancias no es posible distinguir lo justo de lo injusto y la sana moralidad del nominalismo estéril.

El fruto del Mar Muerto es la más apropiada alegoría mística, porque se vuelve ceniza en los labios y acíbar en el corazón, resultando en "cada vez más profundas tinie-

blas, loco por sabiduría, culpable por inocencia, ansioso de éxtasis y desesperado por esperanza".

Pero una vez engañados y después de obrar según su engaño, muchos hombres se niegan a reconocer su error y se hunden más y más en el fango. Aunque de la intención deriva principalmente el que la magia sea *blanca o negra*, los resultados de la hechicería involuntaria e inconsciente no pueden por lo menos que augurar mal karma. Bastante se ha dicho en demostración de que la *hechicería es toda especie de maligna influencia ejercida sobre otras personas que sufren o hacen sufrir en consecuencia.* El karma es una piedra que chapoteada en las tranquilas aguas de la vida levanta ondulaciones cada vez más amplias hasta el *infinito*. Las causas engendradas han de producir efectos evidenciados en la justa e inquebrantable ley de retribución.

Muchos de estos defectos podrían evitarse si las gentes se abstuviesen de prácticas cuya naturaleza e importancia desconocen.

Nadie espere sobrellevar una carga superior a sus fuerzas y facultades. Hay magos congénitos, místicos y ocultistas de nacimiento, a causa de la directa herencia de una serie de encarnaciones y siglos de sufrimientos y fracasos. Están ya a prueba de pasiones.

Ningún fuego de origen terreno puede inflamar sus sentidos ni sus deseos. Ninguna voz humana halla respuesta en sus almas, excepto el ruidoso clamor de la humanidad. Son los únicos que tienen asegurado el éxito. Pero son rarísimos y pasan por las estrechas puertas del Ocultismo *porque no llevan la personal impedimenta de los transitorios sentimientos humanos*. Se han desprendido

de los afectos de la naturaleza inferior, paralizando la animalidad astral, y ante sus pasos se abre la estrecha pero áurea puerta.

No les sucede lo mismo a quienes todavía han de llevar durante varias encarnaciones la carga de los pecados cometidos en vidas pasadas y aun en la presente. A menos que procedan con suma precaución, la puerta áurea de Sabiduría puede transmutarse para ellos en la ancha puerta y el espacioso camino que "conduce a la perdición", y por lo tanto, "muchos son los que entran por ella". Esta puerta ancha es la de las artes ocultas practicadas con motivos egoístas, sin la restrictiva, previsora y benéfica influencia del *Atma-Vidyâ*.

Estamos en la edad de Kali, cuya letal influencia es mil veces más poderosa en Occidente que en Oriente. De aquí las presas fáciles que las Potestades tenebrosas hacen en este ciclo de lucha, y las muchas ilusiones en que hoy día se agita el mundo, entre ellas la relativa facilidad con que los hombres se figuran que pueden llegar a la "puerta" y cruzar el umbral del Ocultismo sin grandes sacrificios. Tal es el sueño de algunos teósofos, inspirados por el afán de poderío y egoísmo personal; pero estos sentimientos no los conducirán a la ambicionada meta, pues como dijo uno de quien se cree que se sacrificó por la humanidad: "Estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y pocos son los que la hallan". Tan estrecha es, en efecto, que a la simple mención de algunas de las dificltades preliminares, los espantados candidatos occidentales vuelven la espalda y se marchan tambaleantes y temblorosos.

Dejemos que se queden aquí, sin que su mucha flaqueza les consienta mayor intento, porque ¡ay! de ellos si

al volver la espalda a la puerta estrecha los arrastra su ansia de Ocultismo a dar un paso en dirección de las anchas y halagadoras puertas del áureo misterio que centellea a la luz de la ilusión. Los conducirá a la magia negra, y con seguridad desembocarán luego en el fatal camino del Infierno, a cuya entrada leyó el Dante estas palabras:

Per me si va nella città dolente
Per me si va nell`eterno dolore
Per me si va tra la perduta gente.

INSINUACIONES PRÁCTICAS PARA LA VIDA DIARIA

Prefacio

Las citas de que está compuesto este artículo no se entresacaron en un principio con el propósito de publicarlas, y por lo tanto, pueden parecer algo desligadas.

Vieron la luz primeramente como una *Miscelánea teosófica* con la esperanza de que el lector pudiera hacer las anotaciones convenientes para formar un dietario de extractos y tener un registro duradero de los libros leídos, de modo que obtuviera provecho positivo de su lectura. Siguiendo este método, el lector condensaría en un breve espacio todo cuanto la pareciera esencial en el libro.

También se insinúa como de valiosa ayuda para el estudiante aplicado, el método de leer cada mañana cierto número de citas, a fin de practicarlas durante el día y meditar sobre ellas en los ratos libres.

CAPÍTULO I

Levántate temprano, tan luego como te despiertes, y no te quedes perezosamente en la cama medio despierto y medio soñando. Después, *ora* fervorosamente por la regeneración espiritual del género humano, a fin de que cuantos luchan en el sendero de la verdad reciban positivo y vehemente aliento de tus oraciones, y para que tú te fortalezcas sin ceder al halago de los sentidos. Represéntate en la mente la imagen de tu Maestro arrobado en *samadhi*. Ponla delante de ti con todos sus pormenores; piensa reverentemente en él y ruega por el perdón de todos los errores por acción y omisión. Con esto te será más fácil concentrarte, purificar el corazón y hacer mucho más. Reflexiona sobre los defectos de tu carácter, *descubriendo por completo tus vicios y los fugaces placeres que te proporcionan*, y determínate firmemente a hacer todo cuanto puedas para no ceder nuevamente a ellos.

Este autoanálisis, que te lleva ante el tribunal de tu propia conciencia, facilitará tu progreso espiritual en un grado que no podrías imaginar.

Mientras te laves o bañes, ejercita tu voluntad, deseando que las impurezas morales se eliminen al propio tiempo que las corporales.

En tus relaciones con los demás observa atentamente las reglas siguientes:

1. Nunca hagas nada que no sea de tu deber; esto es, nada innecesario. *Antes* de hacer una cosa, reflexiona si debes hacerla.

2. Nunca hables "palabras ociosas". Antes de pronunciarlas, piensa el efecto que pueden producir. Nunca quebrantes tus principios de conducta por consideraciones de amistad.

3. Que nunca ocupen tu mente vanos o inútiles pensamientos. Esto es más fácil para dicho que para hecho. No es posible desalojar de golpe la mente. Así, en un principio, procura evitar los malos u ociosos pensamientos, ocupando tu mente en el examen de tus faltas o en la contemplación de los seres perfectos.

4. Durante la comida, ejercita tu voluntad, deseando que el alimento te aproveche para construir un cuerpo en armonía con tus anhelos espirituales, y no engendrar malas pasiones ni pensamientos malignos. Come únicamente cuando tengas hambre y bebe cuando tengas sed *y nunca de otro modo*. Si algún manjar especial halaga tu paladar, no cedas a la tentación de comerlo tan sólo para satisfacer el gusto. Acuérdate de que el placer que de ellos obtengas no existía algunos segundos antes, y cesará de existir algunos segundos después, porque es un placer transitorio que se convertirá en dolor si te rindes a la gula. Considera que sólo da placer a la boca, y si te dejas seducir por aquel manjar y te conturba el ansia de saborearlo, no te avergonzarás de cometer cualquier acción para obtenerlo. Repara en que hay otras cosas que pue-

den darte felicidad eterna, y, por lo tanto, es locura evidente concentrar tus afectos en las transitorias. Advierte que tú no eres el cuerpo ni los sentidos y, por consiguiente, no pueden afectarte realmente los placeres y dolores que el cuerpo goce o padezca. Practica la misma serie de razonamientos en el caso de cualquier otra tentación, y aunque a menudo fracases acabarás por lograr éxito seguro. *No leas mucho*. Si lees durante diez minutos, reflexiona durante algunas horas. Acostúmbrate a la soledad y a permanecer a solas con tus pensamientos. Asimila la idea de que nadie *sino tú mismo* puede ayudarte a desviar gradualmente tus afectos de todas las cosas. Antes de entregarte al sueño, ora como hiciste por la mañana. *Pasa revista* a las obras del día y trata de ver en qué has faltado, y resuelve que no volverás a incurrir en la misma falta al día siguiente.

CAPÍTULO II

El motivo genuino de anhelar el *conocimiento de sí mismo* pertenece al conocimiento y no al Yo. El conocimiento de sí mismo merece que lo anhelemos a causa de que es conocimiento, y no porque pertenezca al Yo. El principal requisito para adquirir el conocimiento de sí mismo es el *amor puro*. Anhela el conocimiento por puro amor, y el conocimiento coronará eventualmente el esfuerzo. Cuando un estudiante se impacienta, es prueba segura de que obra por la recompensa, no por amor, lo cual demuestra también que no merece la gran victoria reservada a quienes verdaderamente obran por puro amor.

El Dios en nosotros, esto es, el Espíritu de amor y verdad, de justicia y sabiduría, de bondad y poder, ha de ser nuestro verdadero y constante amor, nuestra única confianza, nuestra única *fe*, que firme como una roca nos sirve de apoyo; nuestra sola *esperanza*, que nunca nos engañará aunque todo perezca, y el único logro a que aspiremos con nuestra paciencia, esperando gozosamente, hasta agotar nuestro mal karma, que la presencia del divino Redentor se revele en nuestra alma.

El *contento* es la puerta por donde ha de entrar el Redentor, porque quien está descontento de sí mismo lo

está también de la ley que lo ha hecho tal como es, y siendo Dios de por Sí la ley, no podrá revelarse en quienes están descontentos de Él.

Si admitimos que nos hallamos en la corriente de evolución, debemos considerar que son para nosotros justas todas las circunstancias en que nos hallemos, y esta consideración será nuestro mayor auxilio cuando fracasemos en el cumplimiento del deber, pues no podemos adquirir de ningún otro modo la serenidad que tanto recomienda Krishna. Si todo nos saliere a la medida de nuestro deseo, no notaríamos ningún contraste. También es posible que por estar nuestros planes ignorante y, en consecuencia, erróneamente trazados, la Naturaleza benéfica no permite que los realicemos. No se nos vituperará por el plan, pero engendraremos mal karma si no nos resignamos a la imposibilidad de llevarlo a cabo. Si estamos por entero abatidos, será porque antes decayeron nuestros pensamientos. Puede un hombre estar encarcelado, y, sin embargo, trabajar en favor de una causa. Así te exhorto a que elimines de tu mente todo disgusto por las circunstancias en que te encuentres, y si consigues considerarlas según las miras de tu Yo superior, no sólo vigorizarán tus pensamientos, sino que se reflejarán en tu cuerpo y lo fortalecerán.

Obra activamente cuando sea hora de obrar, y entretanto espera con paciencia que llegue esta hora. Colócate en concordancia con el flujo y reflujo de los negocios de la vida, a fin de que, apoyados en la naturaleza y en la ley con la verdad y la bondad por faro, seas capaz de obrar maravillas. La ignorancia de esta ley tiene por consecuencia alternativas de irreflexivo entusiasmo, por una parte,

y del abatimiento y desconsuelo, por otra, siendo así el hombre esclavo de la marea de la vida cuando debiera ser su dueño. Como dice "La voz del silencio": Ten paciencia, candidato, y no temas el fracaso ni solicites el éxito.

La energía acumulada no puede aniquilarse sino que se transmuta en otras modalidades de actuación, y como no es posible que permanezca por siempre inactiva, continúa existiendo. Por lo tanto, es inútil resistir a una pasión que no podemos dominar. Si no derivamos por otros conductos su acumulada energía, se irá robusteciendo hasta que prevalezca contra la voluntad y la razón. Para dominarla es preciso conducirla por otro canal su-perior a aquel por el que iba. Así la afición a una cosa vulgar puede transmutarse en afición a una cosa elevada, y el vicio puede revertirse a virtud con sólo invertir el propósito. *La pasión es ciega*, va a donde se la lleva, y la razón es para ella mucho mejor guía que el instinto. *La cólera reconcentrada o el amor reprimido* han de encontrar un objeto en que verter su energía, pues de lo contrario amenazan estallar con peligro de su poseedor. *La calma sigue a la tormenta*. Los antiguos decían que la naturaleza tiene horror al vacío. No podemos destruir o aniquilar una pasión, pues si la sofocamos vendrá a substituirla otra influencia elemental. Por lo tanto, no intentemos destruir lo inferior sin sustituirlo por algo superior: el vicio por la acrisolada virtud, y la superstición por el recto conocimiento.[7]

CAPÍTULO III

Debes saber que contra el deseo, la apetencia de recompensa y la miseria de la ambición no hay otro remedio que fijar la vista y aplicar al oído a la invisible e insonora.[8]

El hombre debe creer en su facultad congénita de progreso y no atemorizarse al considerar su naturaleza superior ni dejarse arrastrar por la inferior.[9]

La experiencia demuestra que las dificultades no han de abatir al hombre, ni mucho menos desesperanzarlo, pues de lo contrario el mundo no gozaría de las maravillas de la civilización.[10]

Esforzarse en seguir adelante es la primordial necesidad del que ha entrado en el Sendero. ¿De dónde extraer la fortaleza ? Mirando alrededor, no es difícil percatarse en dónde encuentran otros hombres su fortaleza. Dimana de la profunda convicción.[11]

Hay que abstenerse, por ser de justicia el abstenerse, no con el solo intento de mantenerse uno limpio.[12]

Para pelear contra sí mismo y vencer en la batalla es preciso que el hombre conozca que en la pelea está haciendo lo que debe hacer.[13] "No resistáis al mal", es decir, no te quejes quejéis ni irrites contra los inevitables infortunios de la vida. Olvídate de ti mismo al trabajar en

beneficio de los demás. Si alguien nos ultraja, persigue o injuria, ¿a qué resistir? Con la resistencia provocaríamos mayores males.

En toda obra, sea la que fuere, hemos de considerar el mandato imperativo del deber, y no su relativa importancia o insignificancia. El mejor remedio para el mal no es reprimir sino eliminar el deseo, y esto puede cumplirse con mayor eficacia manteniendo la mente de continuo fija en las cosas divinas.

El conocimiento del Yo superior queda invalidado cuando la mente se complace en los objetos de los desenfrenados sentidos.[14]

Nuestra naturaleza es tan ruin, soberbia, ambiciosa, concupiscente y entercada en sus juicios y opiniones, que si las tentaciones no la restringiesen se arruinaría por completo. En consecuencia, nos acomete la tentación a fin de que aprendamos a conocernos y seamos humildes.

La mayor tentación es no tener tentaciones, y así debemos alegrarnos al vernos tentados, para con resignación, calma y constancia resistir a la tentación.[15]

Conside que no debes hacer nada sólo *para ti mismo*, sino que haz de cumplir los deberes prescritos por Dios. Anhela encontrar a Dios y *no busques lo que Dios te puede dar.*[16]

Haz todo cuanto tengas que hacer; pero no con el propósito de recibir el fruto de la acción.[17]

Si cumples todas tus acciones con el pleno convencimiento de que no te han de allegar provecho personal, sino que las haces porque es tu deber y está en tu temperamento el hacerlas, se debilitará gradualmente la personalidad egoísta hasta que, por completo apaciguada, brille en todo su esplendor el verdadero Yo y lo conozcas.[18]

No debes consentir que la alegría ni la pena te desvíen de tu propósito resuelto.

Hasta que el Maestro te acepte, trabaja abnegadamente por el progreso y adelanto de la humanidad. Esto es lo único que proporcionará verdadera satisfacción.

El conocimiento aumenta en razón directa de su uso, esto es, cuanto más enseñamos, más aprendemos. Por lo tanto, busquemos la verdad con la *confianza* de un niño y la *voluntad* de un iniciado, comunicando nuestro conocimiento a quien de él carezca, para confortarlo en su peregrinación.

El discípulo debe reconocer plenamente que los derechos individuales son el resultado ponzoñoso de la serpiente del egoísmo. Nunca puede recriminar ni censurar a nadie ni levantar la voz para defenderse o disculparse.

Ningún hombre es nuestro enemigo ni nuestro amigo. *Todos son por igual nuestros instructores.*[19] No hay que trabajar por apego al provecho temporal o espiritual, sino para cumplir la ley de la vida, que es la voluntad recta de Dios.[20]

CAPÍTULO IV

No vivas en lo presente ni en lo futuro *sino en lo eterno.* La gigantesca hierba (del mal) no puede florecer allí. Esta mancha de la existencia se limpia en la atmósfera del pensamiento en la eternidad. Para lograr el "Conocimiento del Espíritu" es requisito indispensable la pureza de corazón, que puede alcanzarse por dos medios principales: desechando persistentemente todo mal pensamiento y manteniendo el ánimo sosegado en toda circunstancia, *sin jamás agitarse ni irritarse por nada.* Estos dos medios de purificación reciben su mayor estímulo de la *devoción* y la *caridad.* No hemos de desmayar en nuestros esfuerzos, aunque nos sintamos todavía impuros.

Que cada cual aspire a la pureza y se esfuerce en alcanzarla por el camino recto cuya primera etapa es la pureza de corazón.

La mente ha de purificarse también cuando uno siente cólera o dice falsedades o *sin necesidad descubre las faltas ajenas* o dice y hace algo con propósito de lisonja, o cuando alguien queda engañado por la insinceridad de palabra u obra.[21]

Quienes deseen salvarse han de evitar la lujuria, la cólera y la codicia; obedecer fielmente las Escrituras,

estudiar la filosofía espiritual y *perseverar* en su realización práctica.[22]

Quien obra por motivos egoístas no puede entrar en un cielo donde no existe el egoísmo. *Quien no ansía el cielo, sino que está contento donde se halla, está ya en el cielo*, mientras que el descontento clamará en vano por él. Libre y feliz es quien carece de deseos personales y el "cielo" no puede significar otra cosa que un estado de liberación y felicidad. Quien hace las buenas obras con esperanza de recompensa no es feliz hasta recibirla, y en cuanto la recibe, cesa su felicidad. No caben descanso y felicidad permanentes mientras haya qué hacer y cumplir. El cumplimiento del deber lleva en sí su propia recompensa.[23]

Quien se cree más santo que otro y se jacta de no tener talo cual vicio o flaqueza, y presume de sabio y de superior en algo a sus prójimos, es incapaz del discipulado. El hombre ha de volverse como niño para entrar en el reino de los cielos. Sublimes tesoros son la virtud y la sabiduría, pero si engendran orgullo y el sentimiento de separatividad respecto de los demás, serán las serpientes del egoísmo reaparecidas en forma distinta. La primera regla consiste en la entrega y sacrificio del *corazón* del hombre *con todas sus emociones*, lo cual significa *el logro de un equilibrio inalterable por las emociones personales*.

Pon en práctica sin demora tan buenas intenciones y no dejes ni una sólo en propósito. Nuestro único procedimiento verdadero consiste en que el motivo de la acción esté en la misma acción y nunca en su recompensa. No ha de incitarnos a la acción la esperanza del resultado ni tampoco hemos de mantenernos en la inacción.

"Por medio de la fe[24] se purifica el corazón de la insensatez y de las pasiones, con lo que se domina el cuerpo y por fin se consigue la subyugación de los sentidos".[25]

Las características del sabio iluminado son:

1. Carencia de todo deseo y conocimiento de que sólo el verdadero Ego o supremo Espíritu es felicidad y que todo lo demás es dolor.
2. Carencia de apego o repulsión a cuanto pueda sucederle, pues obra sin cálculo egoísta.

Finalmente llega la subyugación de los sentidos, que no aprovecha gran cosa sin la primera característica, y es inútil y con frecuencia nociva por engendradora de hipocresía y orgullo espiritual, sin la segunda característica.[26]

Quien no practica el altruismo y no es capaz de compartir su último bocado con el más pobre o desvalido que él; quien se niega socorrer a su prójimo de cualesquiera raza, nación o creencia, *siempre y dondequiera* lo vea sufriendo; quien cierra los oídos al clamor de las miserias humanas; quien oye calumniar al inocente y no lo defiende como se defendería a sí mismo, no es teósofo.

CAPÍTULO V

Nadie obra bien si descuida los inconfundibles deberes de la vida resumidos en el divino mandamiento. Quien cumple con su deber pensando que de no cumplirlo le resultará perjuicio, o que su cumplimiento le allanará las dificultades que se les presenten en el camino, obra con la vista puesta en el resultado.

Hemos de cumplir con nuestro deber tan sólo porque lo manda Dios, quien puede en cualquier instante dispensarnos de su cumplimiento. Mientras no apacigüemos la inquietud de nuestra naturaleza, debemos obrar consagrando a Dios los frutos de nuestra acción y atribuirle el mérito de nuestras obras. La verdadera vida del hombre consiste en *identificarse con el supremo Espíritu*. Pero esta vida verdadera es del todo *independiente de nosotros*, porque es en sí la real verdad y no la actualiza ninguna de nuestras acciones.

El reconocimiento de que cuanto se opone a esta verdad es ilusorio, *es una nueva conciencia*, y no una acción. La liberación de un hombre no está en modo alguno relacionada con sus acciones, porque las acciones son útiles en cuanto nos dan a conocer nuestra completa incapacidad para emanciparnos por nosotros mismos de la exis-

tencia condicionada. Transpuesta esta etapa, las acciones son más bien impedimentos que auxilios. Quienes obran obedeciendo a los divinos mandamientos y saben que la facultad de obrar así es un don de Dios y no peculiar atributo de la conciencia personal del hombre, se libran de la necesidad de la acción. Entonces la verdad llena el purificado corazón y se percibe la identidad con Dios.

Lo primero que debe hacer el hombre es desechar la idea de que obra él de por sí, pues todas las acciones tienen por esfera las "tres cualidades naturales" y no en modo alguno el alma.

Reconocido esto, ha de ejecutar con devoción todas sus acciones; esto es, sacrificarlas en aras del Supremo y no de su persona. Ha de ofrecer el sacrificio *a sí mismo* o sea a su Yo superior, que equivale a sacrificarlas a Ishvara. Todos sus actos y aspiraciones han de estar consagrados a sí mismo o al Todo. Aquí interviene la importancia del motivo. Porque si ejecuta valerosas hazañas o benéficas acciones o adquiere conocimientos para auxiliar a la humanidad, ya ello le mueve el único deseo de lograr la salvación, obrará en tales casos por su propio beneficio, y, en consecuencia, se ofrecerá sacrificios, a sí mismo. Así es que ha de consagrarse internamente al Todo, reconociendo que él no es el actor sino tan sólo el testigo presencial de la acción.

Como quiera que reside en cuerpo mortal, le conturba la duda; y esto denota su ignorancia de algo, por lo que ha de disipar la duda con "la espada del conocimiento", pues si sabe responder a una duda, de seguro la disipará. *Toda duda proviene de la naturaleza inferior y nunca de la superior.* Así es que, a medida que aumente su devoción,

será mayor el conocimiento que adquiera de su naturaleza sátvica.

Porque se ha dicho: "El perfecto de la devoción (o que perseverare en su ejercicio) adquiere con el tiempo, espontáneamente, conocimiento espiritual". Y también se ha dicho: "El hombre de mente dubitativa no goza de este mundo ni del otro, ni logra bienaventuranza final". Esta última frase rebate la idea de que si existe en nosotros el Yo superior, acabará por triunfar de la necesidad de conocimiento, aunque seamos indolentes y recelosos, y nos conducirá a la bienaventuranza final con la colectiva corriente de la humanidad.

La verdadera oración consiste en contemplar todas las cosas sagradas o aplicadas a los actos de la vida diaria, acompañadas del vehemente y cordial deseo de que sea más intensa su influencia para enaltecer y mejorar nuestra conducta, y que se nos conceda algún conocimiento de ellas. Todos estos pensamientos deben entretejerse con el conocimiento de la suprema y divina Esencia de que dimanaron todas las cosas.

La cultura espiritual se logra por medio de la *concentración*, que debe ejercitarse diariamente, utilizándola en todo momento. Se ha definido la meditación diciendo que es "el cese de todo activo pensamiento externo". Concentración es el enfoque de todo nuestro ser en determinado objeto. Por ejemplo, madre abnegada es la que ante todo y sobre todo vela por los intereses de sus hijos en todos sus aspectos, no la que piensa durante un día entero en una sola modalidad de los intereses filiales.

El pensamiento tiene potencia reproductiva, y cuando la mente se posa en una idea, queda coloreada por ésta, y

todas las demás ideas, asociadas con la principal, brotan entonces de la mente. Por esta razón el místico acaba por conocer todo objeto en el que constantemente piensa con detenida contemplación; y así dijo Krishna con mucho acierto: "Piensa constantemente en mí. Confía sólo en mí, y con seguridad llegarás a mí."

La vida es el gran maestro. Es la gran manifestación del Ego, quien a su vez manifiesta al Supremo. De aquí que todos los métodos sean buenos y todos formen parte del sublime anhelo de la devoción, la cual, según el *Bhagavad Gita*, es "el éxito en las gestiones".

Las facultades psíquicas, a medida que se vayan recibiendo, también deben emplearse porque nos revelan el conocimiento de algunas leyes; pero no hay que exagerar su valía ni tampoco desconocer sus riesgos. El que confía en sus facultades psíquicas es como quien se enorgullece y canta victoria por haber llegado a la primera estación de la cuesta que conduce a los picachos que se ha propuesto escalar.

CAPÍTULO VI

Es una ley eterna que el hombre no puede ser redimido por una potestad *exterior a sí mismo*. De ser esto posible, bastara con que hace muchísimo tiempo hubiera visitado la tierra un ángel que declarando verdades celestes y manifestando las facultades de la naturaleza espiritual, descubriese a la conciencia humana los mil hechos que ignoraba.[28]

El crimen lo mismo puede perpetrarse en pensamiento que en acción. Quien por cualquier causa odia a otro, que gusta vengarse y no perdona las injurias, está poseído del espíritu del homicidio, aunque no se dé cuenta de ello. Quien se doblega a falsas creencias y somete su conciencia a una institución humana, blasfema de su divino ser, y por lo tanto "invoca el nombre de Dios en vano aunque no preste juramento alguno. Quien desea o simpatiza con los deleites sensuales, sea en el trato conyugal o fuera de él, es el verdadero adúltero. Quien no presta al prójimo los conocimientos, bondades y auxilios que prudentemente pudiera otorgarle, y vive para acumular riquezas materiales, es el verdadero ladrón. Quien difama, calumnia y rebaja el carácter de su prójimo en toda especie de falsedades, es también un ladrón, y de la peor

índole".[29] Si los hombres fuesen buenos consigo mismos y benévolos con los demás, se operaría un formidable cambio en su estimación del valor de la vida y de las cosas de esta vida.[30]

Educación del pensamiento

Concentrad todas las fuerzas de vuestra alma en el empeño de cerrar las puertas de vuestra mente a todo pensamiento, sin permitir la entrada más que a los que prometan revelaros la irrealidad de los sentidos y de la vida corporal y la paz del mundo interior.

Reflexionad noche y día sobre la irrealidad de cuanto os rodea y de vuestra misma personalidad. Los malos pensamientos no son tan nocivos como los ociosos e indiferentes, porque de los malos pensamientos podemos guardarnos cuando nos determinemos a combatirlos y vencerlos. Esta determinación robustecerá vuestra voluntad. Los pensamientos ociosos e indiferentes distraen la atención y malgastan energía. La primera y mayor ilusión que se ha de vencer es la identificación con el cuerpo físico. Pensad que este cuerpo no es más que una casa donde habéis de vivir temporalmente, y así no volveréis a ceder a sus tentaciones. Procurad también dominar las prevalecientes flaquezas de vuestro carácter, dirigiendo el pensamiento por el camino más a propósito para extinguir las pasiones.

Después de los primeros esfuerzos, sentiréis un indescriptible vacío y desconsuelo en vuestro corazón; pero no os amedrentéis por ello, sino consideradlo como el suave crepúsculo precursor del naciente sol de la felici-

dad espiritual. La tristeza no es un mal. No os quejéis, porque los que os parecen sufrimientos y obstáculos suelen ser en realidad los misteriosos esfuerzos de la naturaleza para ayudaros en vuestra obra si sabéis aprovecharlos. Considerad todas las circunstancias con la gratitud de un discípulo.[31] Toda queja es una rebelión contra la ley de progreso. Lo que hay que evitar es el *dolor que todavía no ha sobrevenido*.

El pasado no puede mudarse ni enmendarse. Lo perteneciente a las experiencias presentes no puede ni debe evitarse; pero sí han de evitarse las preocupaciones sobre imaginarias desgracias o los temores acerca del porvenir, así como todo impulso o acción que puede causar presente o futuro dolor a nosotros o a los demás.[32]

CAPÍTULO VII

Nada más valioso para quienquiera que un excelso ideal hacia el que aspire de continuo ya él amolde sus pensamientos y emociones de suerte que regulen lo mejor posible su conducta. Si así se esfuerza para llegar a ser, más bien que a parecer como su ideal, no fracasará en el empeño de acercarse cada vez más a él. Sin embargo, habrá de luchar para este logro, y si su ideal es elevado y verdaderamente se encamina a alcanzarlo no se envanecerá, sino que, por el contrario, se humillará de su rectitud, pues al descubrir ante sí la posibilidad de mayor adelanto en planos todavía más elevados, no se engreirá de su progreso ni tampoco se entibiará su ardor. Precisamente, el reconocimiento de las vastas posibilidades de la vida humana es necesario para disipar el tedio e invertir en celo la apatía. Así la vida no es odiosa, sino aceptable, cuando comprendemos claramente su finalidad y estimamos sus espléndidas oportunidades. El más recto y seguro camino para llegar a este elevado plano de conciencia es el ejercicio del *altruismo, tanto en pensamiento como en acción.* Estrecho es, en efecto el campo visual limitado a la personalidad, que mide todas las cosas con la vara del interés egoísta, porque en semejante limitación no es

posible que el Ego conciba elevados ideales ni se acerque a los planos superiores de existencia. Las condiciones de adelanto están dentro y no fuera, y por fortuna son independientes de las circunstancias y condiciones de la vida terrena. Por lo tanto, a todos se les depara la ocasión de ir escalando cumbre tras cumbre, y cooperar así con la naturaleza en el cumplimiento de la evidente finalidad de la vida.[33]

Si creemos que el objeto de la vida es la satisfacción y bienestar de la personalidad, y que el bienestar material confiere la suprema dicha, confundiremos lo inferior con lo superior y la ilusión con la verdad. Nuestra modalidad material es consecuencia de la constitución material de nuestros cuerpos. Somos "gusanos de la tierra" porque nuestras aspiraciones se arrastran por la tierra; pero si entráramos en un sendero de evolución donde fuésemos menos materiales y más etéreos, tomaría muy distinto cariz la civilización. Muchas cosas que ahora nos parecen indispensables y necesarias dejarían de serlo; y si pudiéramos transferir nuestra conciencia de un extremo a otro del globo con la velocidad del pensamiento, serían inútiles los actuales medios de comunicación. Cuanto más profundamente nos hundimos en la materia, más medios de comodidad material necesitamos; pero el esencial y potente dios interno del hombre no es material ni depende de las restricciones peculiares de la materia.

¿Cuáles son las verdaderas necesidades de la vida? La respuesta está en relación con lo que cada cual crea necesario. Los ferrocarriles, los buques de vapor, la luz eléctrica, etcétera, nos son ahora necesarios; y sin embargo, millones de gentes han vivido largo tiempo felices sin

conocerlos. Para uno serán necesarios una docena de palacios; para otro, un carruaje; para otro, una pipa o una botella de ron. Pero todas las necesidades de esta índole son ficticias, constituyen el estado en que el hombre se encuentra satisfecho y le incitan a permanecer en él, sin desear algo superior, por lo que pueden ser estorbo más bien que impulso en su evolución. Si nos eleváramos a un estado más alto, en el que no se exigiese nada artificioso, todas las cosas ficticias dejarían de ser necesario y no las desearíamos; pero la apetencia de placeres groseros, en los que tiene fijo su pensamiento, le impide al hombre entrar en la vida superior.[34]

NOTAS

1. Tan sagrado se juzga este parentesco espiritual en la Iglesia griega, que el matrimonio entre padrino y madrina de una misma criatura se considera un incesto de la peor especie y es legalmente nulo. Esta prohibición matrimonial alcanza a los hijos del padrino respecto de los de la madrina y viceversa.

2. Al bautizado se lo unge con el crisma, como en la iniciación y en verdad que el bautismo es un misterio.

3. Conviene advertir que a todos los discípulos, aunque sean legos, se los llama *upasakas* hasta recibir la primera iniciación, cuando se les da el nombre de upasaka lanú. Pero antes de entonces se consideran legos o seglares aun aquellos que pertenecen a las lamaserías y están ya seleccionados.

4. El Ocultismo difiere grandemente de la magia.

5. Dicen los brahmanes que el *Yajña* existe desde la eternidad y procede del Ser Supremo en quien está latente "sin principio". Es la clave de la *traividya*, la ciencia tres veces sagrada, contenida en los versículos de los ritos sacrificiales. Según la introducción al brahmana Aitareya: "El *Yajña* existe en todo tiempo tan invisible como la energía almacenada en un acumulador eléctrico

cuya actualización requiere únicamente el debido manejo del aparato. Supónese que el *Yajña* se dilata desde el *ahavaniya* o fuego del sacrificio, hasta los cielos, en forma de puente o escalera por la cual puede el sacrificador comunicarse con el mundo espiritual y aun elevarse en vida hasta las moradas de los dioses". El *Yajña* es una modalidad del *akásha*, y para actualizarla es preciso que el sacerdote iniciado pronuncie la palabra perdida, bajo el impulso del poder de la voluntad. *(Isis sin Velo* —Ante el velo—, tomo primero).

6. Quienes se inclinan a ver tres Egos en el hombre denotarán su incapacidad para advertir el metafísico significado de esta afirmación. El hombre es una trinidad de cuerpo, alma y espíritu; sin embargo, el hombre es uno y seguramente no es su cuerpo físico o transitoria vestidura. Los tres Egos son los tres aspectos del hombre en los planos astral, mental y espiritual.

7. Véase *Magia blanca y negra*, por Franz Hartmann.
8. Véase *Luz en el Sendero.*
9. Véase Comentarios a *Luz en el Sendero.*
10. Mabel Collins, *Por las Puertas de Oro.*
11. Mabel Collins, *Por las Puertas de Oro.*
12. *Luz en el Sendero.*
13. Mabel Collins, *Por las Puertas de Oro.*
14. *Bhagavad Gita.*
15. Molinos, *Guía Espiritual.*
16. *Bhagavad Gita.*
17. *Bhagavad Gita.*
18. Comentarios a *Luz en el Sendero.*
19. *Luz en el Sendero.*
20. *Bhagavad Gita.*

21. *Luz en el Sendero,* Regla 4.
22. *Bhagavad Gita.*
23. *Bhagavad Gita.*
24. Franz Hartmann, *Magia blanca y negra.*
25. Se entiende aquí por fe el conocimiento adquirido mediante el ejercicio del altruismo y la benevolencia.
26. *Bhagavad Gita.*
27. *Bhagavad Gita.*
28. *Spirit of the New Testament*, pág. 508.
29. *Spirit of the New Testament*, pág. 513.
30. *Theosophist*, julio de 1889, pág. 590.
31. *Theosophical Siftings*. núm. 3, vol. 2-89.
32. Patanjali, *Aforismos del Yoga.*
33. J. Buck, *Man*, pág 106.
34. Franz Hartmann, *Magia blanca y negra.*

ÍNDICE

Los orígenes del ritual en la Iglesia y la Masonería

I. Ni Infieles ni Ateos 7
II. El Símbolo de la Virgen María 13
III. Origen de la palabra "Dios" 17
IV. Las Verdades de la Religión de la Sabiduría 23
V. El Símbolo del GADU 29
VI. Los Altares y las Piedras Cuadradas 35
VII. Del Mito Solar 39
VIII. Los Grandes Misterios 45
IX. Decadencia de los Misterios 49
X. Significado del Descenso a los Infiernos 53
XI. El Cristianismo se deriva de la Masonería 57
XII. La Representación de Baco y de Ceres 59
XIII. Las Letanías de la Virgen María 63
XIV. Los Constructores del Templo Superior 67
Notas 73

Ocultismo Práctico

Importante para los estudiantes 81
El ocultismo en oposición a las artes ocultas 91
Insinuaciones prácticas para la vida diaria 107
Notas 137

Los orígenes del ritual en la Iglesia y la Masonería, de H.P. Blavatsky, fue impreso en mayo de 2006, en Q Graphics, Oriente 249-C, núm. 126, C.P. 08500, México, D.F.

Títulos que recomendamos:

El juego de la vida y cómo jugarlo
Florence Scovel Shinn

Diccionario de demonios y conceptos afines
Ernesto Garibay Mora

La puerta secreta hacia el éxito
Florence Scovel Shinn

Las enseñanzas de Lao Tsé
Pedro Bayona

Bushido. El código del samurái
Inazo Nitobe

Masaje tailandés con yoga
Kam Thye Chow

El libro de los Sutras
Francisco Cinencio
Ello Takata

La teosofía es la fuente primigenia de los rituales más importantes que realizan tanto las logias masónicas como la Iglesia católica, nos dice H. P. Blavatsky; afirma que éstos tienen su origen en los practicados por los primeros teósofos desde hace miles de años, incluso antes de que el cristianismo surgiera como doctrina religiosa.

Madame Blavatsky —la figura más importante de la teosofía y pieza fundamental de la llamada New Age— sostiene que es posible demostrar que la francmasonería moderna y el ritual de la Iglesia descienden por línea directa de los gnósticos iniciados, de los neoplatónicos y de los hierofantes renegados de los Misterios paganos y para ello recurre a diferentes y bien documentados ejemplos.

Blavatsky fundó en 1875 la Sociedad Teosófica; dos años más tarde fue iniciada en la masonería. De ahí el profundo conocimiento que se evidencia en las páginas de esta obra, cuya aparición no estuvo exenta de controversia. Este volumen incluye *Ocultismo práctico*, que complementa la parte teórica y nos da una guía para la vida diaria.

ISBN 970-732-159-8

9 789707 321595

Prana